

OCEANUM





ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 8, nº 6

Junio de 2025

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Oswaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciontextosam@outlook.com

Página web:

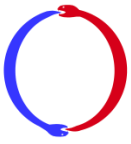
www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

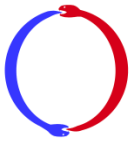


hora que es verano y, por tanto, tiempo de lectura, tiempo para que los libros se mueven en el mercado, quizá sea un momento de rememorar épocas no muy lejanas en las que se creía que el libro electrónico enviaría al soporte de papel al plano de desvanecimiento. Seguro que lo recuerdan... Le quedaban los días contados, era un cadáver a punto de caer en las fauces de polillas, peces de plata y otras especies de limpieza de carroña.

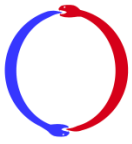
¿Se imaginan cómo sería un mundo en donde los libros de papel solo fueran un recuerdo del pasado y donde los ejemplares físicos y palpables se custodiasen en bibliotecas trocadas en museos? No habría librerías ni librereros. Tampoco habría distribuidoras, con lo que los costes asociados a unas y otras o no repercutirían sobre el lector o irían a engrosar la cuenta de resultados de las editoriales y el bolsillo de los autores. Y el coste de la distribución es realmente alto, hasta un 50 o 60 % del total del precio del libro, que cuesta encontrar justificación en un valor añadido tangible realmente bajo. Mucho dinero en juego... Sigamos: el lector, desde su casa, descargaría el libro tras pasar por caja y, si acaso, tras leer la sinopsis y un capítulo o unas pocas páginas. Sí, este parece que mola... ¡Me lo compro! Unos instantes después lo tiene en su biblioteca virtual que no ocupa espacio físico y cuyo espacio digital puede crecer con facilidad y a un coste bajo en caso de ser necesario. Luego, puede agrandar la letra, reducirla, cambiar la tipografía, hacer anotaciones sin dañar el libro, leerlo todas las veces que lo desee sin que las páginas se despeguen, se doblen y sin que el papel amarillee, presa de la lignina. Hasta puede leer en la oscuridad de la alcoba, cuando las luces se apagan y el calor de verano no deja dormir; ni siquiera necesita tener la luz encendida ni molestar a la contraparte que, ajeno o ajena a las vicisitudes térmicas, duerme a pierna suelta y garganta sonora. La suave luz de la pantalla es suficiente: parece un papel impoluto de brillo medido y calculado.

Todo son ventajas para el libro electrónico. Hasta favorecería el trabajo de los bomberos de *Fahrenheit 451*, que no necesitarían grandes hogueras para acabar con la “perversidad” de estos objetos. Borrar es fácil, rápido y eficaz. Tan fácil como ocultarlos para preservarlos de las fauces de los destructores. No haría falta convertirse en hombre-libro ni aprender cada frase de memoria. Si un nuevo Bradbury volviese a escribir el libro, hasta el título sería diferente porque ya no sería necesario que ardiese el papel.

¿Por qué, si todo parece favorable, el libro electrónico se ha quedado en un pequeño porcentaje del total de ventas? No sube ni manifiesta una tendencia clara al alza futura. Se diría que ha adquirido su cuota de mercado, la de los adeptos a la causa y, fuera de ese reducido grupo, el resto, ni se lo plantea. Lo cierto es que sin el libro en papel no existirían las ferias ni las presentaciones ni las firmas. No existiría el librero al que preguntarle por este u otro autor o darle la brasa a la búsqueda de una recomendación imposible. Nada de tapa dura, sobrecubierta y fajín; ni siquiera rústica. No hay objeto. No lo puede tocar. Y lo que no se puede tocar, termina por no existir.



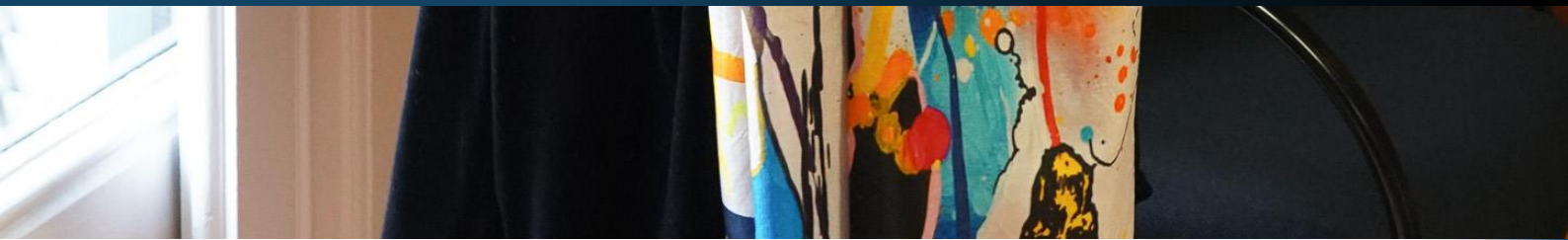
6	La galera		
	Entrevista a Pilar Sánchez Vicente sobre su premio Edhasa	Pravia Arango	6
	Entrevista a Javier Ramos de los Santos	Ginés J. Vera	11
15	Dentro de una botella		
	Julio César: cuando traición y envidia determinan el destino de la sociedad	Diego García Paz	15
	Una muestra de literatura albanesa	Pravia Arango	19
	Con el poeta Roger Wolfe	Encarnación Sánchez	22
25	¡Avante toda!		
	Lectura estival: libros de piscina, libros para la playa. Y... ¿en la montaña?	Pilar Úcar	25
29	L'imperceptible écume		
	<u>Murielle Szac</u>	Miguel Ángel Real	29
37	Outros mares		
	Un (Uno), del poemario <i>Area (Arena)</i>	Manuel López Rodríguez	37
	San Juan de Duero	Augusto Guedes	40
43	Otres mares		
	El mio llar	Alfredo Garay	43
45	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		46
	Con un toque literario	Goyo	48
	Noticias breves		50

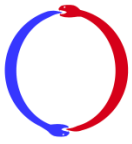


51 Gran Sol		
La quena	Juana Manuela Gorriti	51
89 Nuevos horizontes		
Protocolo	Oswaldo Beker	90
Tortilla, pimientos rojos y una gallina asada	Ginés J. Vera	94
Poemas dedicados a Octavio Paz y a Paco Velázquez	Encarnación Sánchez	100
La tienda	Goyo	105
Final 02/02	Miguel Quintana	109
118 Créditos de fotografía e ilustración		



Entrevista a Pilar Sánchez Vicente sobre su premio Edhasa





índice



Pravia Arango



Enhorabuena, Pilar, por el Premio Edhasa Narrativas Históricas (2025) con *El cantar del Norte. La guerrera astur*.

¡Muchas gracias! Ha sido tan inesperado como bienvenido. Por una parte, es la primera vez que me presento a un premio, desde luego no contaba ganarlo y, por otra, supone un espaldarazo a mi trayectoria literaria, que suma, con este, trece títulos.

Tu novela tiene más de narrativa literaria que de documento histórico de esos que andan por los archivos; te lo digo porque son hilachas históricas con las que confeccionas un texto ágil, entretenido y muy fácil para cualquier lector. Sé que para tus libros te documentas con rigor; por tanto, ¿cuáles fueron tus fuentes tradicionales y populares para obtener este texto tan lleno de

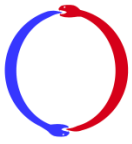
vida, de tradiciones y costumbres, de leyendas y de mitos?

Parto de la base de mi formación medievalista, especializada en la historia de la mujer y de la vida cotidiana: mi primera obra en 1986 fue, precisamente, *Breve Historia de Asturias*, que actualicé en 2010, así que juego en casa. En este caso, además del manuscrito 1622, *Memorias de Asturias* de Luis Valdés, que es el germen de la historia, conté con información oral recogida por la Fundación Belenos y con la mitología asturiana. Pero, lo fundamental, es que todo ello no se note, que la lectura sea fluida, atrape y entretenga. Me ofenden las descripciones prolijas, muchos autores piensan que, por insertar definiciones de la Wikipedia, la novela adquiere mayor rigor histórico, cuando lo que hacen es entorpecer la lectura. Somos seres cuasi biónicos, con el móvil pegado, ya consultaré yo las dudas que tenga o ampliaré información o comprobaré algún dato.

Cuando leía *El cantar del Norte. La guerrera astur* tenía el palpito de que era el primer libro de una serie, ¿me equivoco?

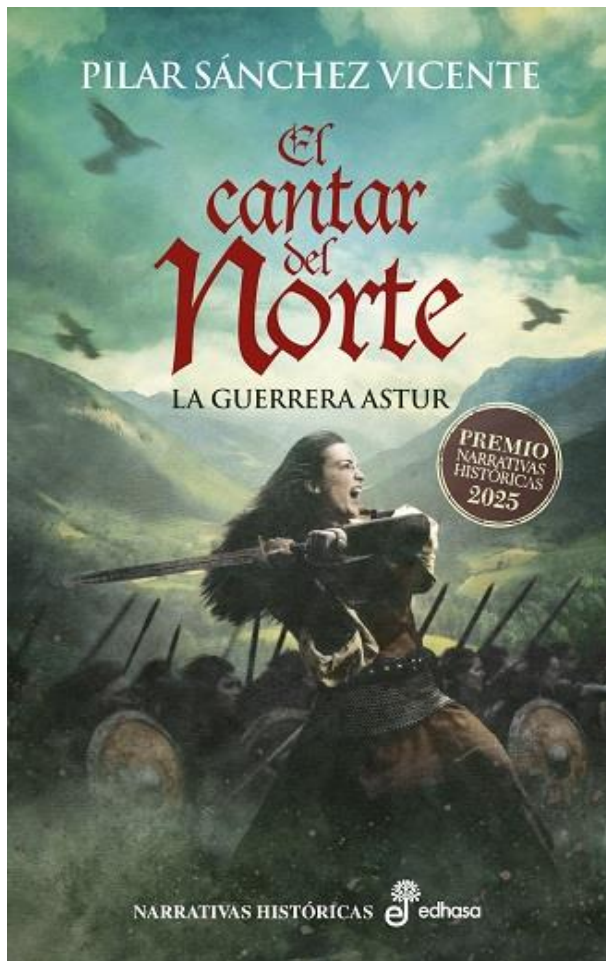
Noooo (risas). Eso es bueno, señal de que pide más, y me pasó con las novelas anteriores. Todas podrían tener continuación, pero creo que me aburriría escribiéndola. ¡Y hay tantos filones que explotar en la cantera del pasado...!

Siempre del lado de las mujeres: la protagonista y sus hermanas, la hermana y la mujer de Pelayo; la mora pareja de la cristiana, la barragana, la rica que puede elegir con quién casarse. Esa muestra tan plural de la sociedad del VII, te la compro. Entonces, una sociedad sin “boes” ni “bopas” respiraba más libre. Resulta curioso que tuvieran que pasar mil cuatrocientos años para que la práctica social se trasladase a la norma, a la ley, y aun así. Catorce siglos para “legalizar”, para poner en papel — sin papeles no hay nada—, para que pudieras recrear ese



mundo femenino; seguro que es una ida de olla lo que te comento. ¿Qué me dices?

Tenían muchas normas heredadas de la legislación romana, que establecía la inferioridad jurídica de la mujer, y la Iglesia todavía será más restrictiva con sus derechos. Pero eso será más tarde. De todas formas, en la Edad Media la situación *de iure* poco tiene que ver con la *de facto*. Sobre todo, en estos primeros siglos, donde la sociedad es más plural y tolerante; por ejemplo, todavía pasarán cuatrocientos años hasta que se prohíba el matrimonio y amancebamiento eclesiástico. Y la participación de la mujer en la vida activa, es un hecho comprobable en las firmas de documentos, censos, etc. Sin ir más lejos, el documento medieval más antiguo que se conserva en la península Ibérica lo firma una mujer, doña Fakilo, una terrateniente vinatera de Lliberdón, que en la novela es la que provee de caldos a las hermanas Asuera.

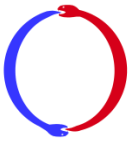


Tayuela, fabes, raitán, blemias, cacía, sachadoras, misquiteras, cortín, nisales, morrongueras, mazadoras..., palabras que leo al comienzo de tu novela. Me encantaron. Creo que son asturianismos no recogidos en el DRAE, dime si estoy equivocada. Como asturianismos en un texto en español, ¿no convendría ponerlos en cursiva o entrecomillados? Quitarlos no. Sería una pena. Crean un “ambiente de llagar de sidrina en espicha”, pero diferenciarlos del español... ¿Qué opinas?

Misquitera, sachadora, mazadora... son profesiones que aparecen citadas en femenino en los primeros fueros municipales, entre otras muchas, hasta setenta llegué a contabilizar en el de Santiago y su tierra. El resto son términos asturianos, la mayoría recogidos por la RAE como tales. Los mantengo porque no dificultan la lectura, su significado queda claro en el contexto y, como bien dices, dan ambiente. De todas formas, poner o quitar cursivas y otros aspectos formales, se lo dejo a las editoriales, cada una tiene su libro de estilo.

Como en la cuestión anterior tengo muchas dudas. En el listado de personajes del principio de la novela hay mezcla de históricos y ficticios (Pelayo y Sancha Asuera). Ahora que lo pienso los nombres históricos casi suponen el “hilo musical” de la historia que discurre en tu libro: la vida de aquellas mujeres. No sé si esta reflexión mía dará pie a otra tuya. A ver.

Bueno, yo te diría que tan histórico o ficticio es Pelayo como Sancha. No así los reyes visigodos; por ejemplo, o doña Fakilo, de los que existe firma y sello. Pelayo aparece citado por primera vez doscientos años después de su supuesta existencia en una crónica castellana, y la batalla de Covadonga ni se menta en otra versión posterior. La historia que conocemos de este rey es para la literatura decimonónica; no así el Reino de Asturias, que está claro que existió, aunque su fundación se pierda en las tinie-



blas del tiempo... ahí radica el éxito de *El cantar del Norte*, en su credibilidad, que fue muy valorada por el jurado. Al final, en Historia, la verdad solo es la más verosímil de las mentiras posibles.



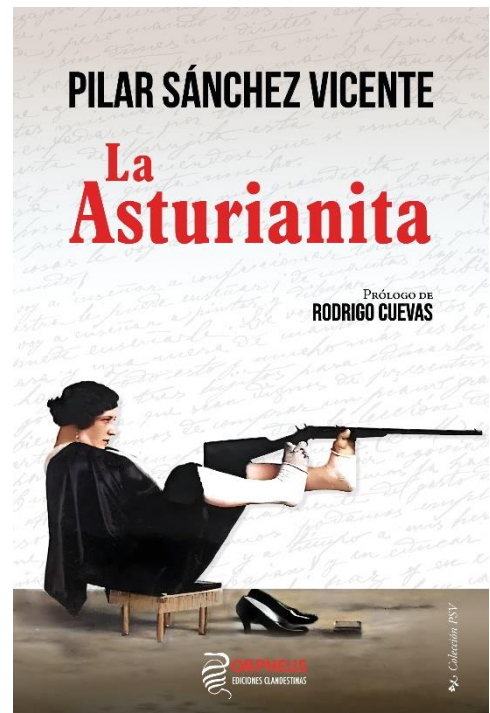
¿Con *El cantar del Norte*. *La guerrera astur* has ganado lectores? Lo comento porque tus libros anteriores están pegados a Asturias y a mujeres relevantes en su momento y hoy olvidadas. Con tu premio Edhasa tocas un tema fundacional de lo que hoy es España. En cuanto a lectores, ¿ya has salido de la periferia de la periferia como dice nuestro Rodrigo Cuevas?

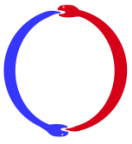
Ja ja ja, ya sabes que las periferias son las nuevas centralidades. Ten en cuenta que fui autora de Roca durante muchos años y ese marchamo ya me dio reconocimiento más allá de Pajares; además, mis protagonistas están vinculadas a Asturias, sí, pero recorren mundo. En *La hija de las mareas* me felicitaron por el vívido retrato de la Revolución francesa, vista a través de los ojos de Andrea Carbayo, hija de Jovellanos... (Guiño). Y *Mujeres errantes* fue un *best seller* y sigue vendiéndose siete años después, transcurría en Suiza y Londres. Y Cimavilla, claro.

Ahora, nada como este premio, es otra dimensión, y la promoción también, voy de feria en feria, como las Asuera (risas). En serio, en Edhasa me siento muy bien tratada. Estoy muy contenta.

¿Puedes comentarnos algo en lo que estés trabajando?

Hablando de Rodrigo Cuevas, él me prologó *La Asturianita*, que salió en mayo. Esta novela es el fruto de un proyecto conjunto en el que estuvimos tres años trabajando. Pretendemos recuperar la figura de Regina García López, una mujer duramente castigada por la vida, que recorrió los escenarios del mundo dando ejemplo de superación a los mutilados en el periodo de entreguerras. Artista consagrada, no necesitó tener brazos para pintar, escribir, tocar un instrumento, conducir un coche o disparar una escopeta. Idealista, defensora de los derechos de los más débiles, su labor filantrópica la condujo a un destino indeseado. ¡Hay que leerlo para creerlo! No contaba con el premio, si no, ni loca saco dos bombas como estas a la vez... ¡*La Asturianita* y *La Valentona*, casi nada! ¡A ver cómo me las apaño! (risas)





Lo sé. De los compañeros no se habla, pero he seleccionado dos curiosidades. Ni se me ocurre rozar los pesos pesados de la novela histórica. Voy a ello. ¿Qué opinas de la historia para escépticos de Juan Eslava Galán y de las píldoras históricas de Nieves Concostrina?

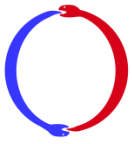
A Juan y a Nieves tengo el placer de conocerlos personalmente; con Juan compartí jurado en la Semana Negra de Gijón, y *La muerte es mía*, una de mis novelas más divertidas, lleva la recomendación de Nieves Concostrina en la cubierta. La historia no es una sucesión de reyes y batallas, de hechos luctuosos. La historia la escriben seres anónimos, con sus virtudes y defectos, sus aciertos y errores, pero el relato que conocemos está tan imbuido de heroísmo y valor, está tan idealizado y es tan impersonal, que resulta poco creíble. Juan y Nieves no cuentan mentiras, tan solo ponen el foco debajo de las alfombras. ¡Y alguien tiene que llamar masuerzo a Fernando VII, por favor! Que muchas veces, más que historia parece hagiografía lo que se enseña...

Un saludo, Pilar. Mil gracias. *Ahí te va que te preste.*





**Entrevista a
Javier Ramos de los Santos**



Ginés J. Vera



Para este mes de junio, he querido compartir la entrevista que me concedió el escritor, periodista, experto universitario en Protocolo y Relaciones Institucionales, Javier Ramos de los Santos. Actualmente ejerce de redactor *freelance*, corrector profesional, *copywriter* y *community manager*. Es autor de las obras: *Eso no estaba en mi libro de Historia de Roma* (2017), *Eso no estaba en mi libro de Historia del Circo* (2019), *El enigma Tartessos* (en coautoría; 2018), *Lugares mágicos de España* (2018), *La España sagrada* (2020), *Historia maldita del rock* (2020), *Rutas por la España más curiosa* (2021), *Mitos, leyendas y tesoros del Salvaje Oeste* (2021), *La historia de la Hispania romana en 50 lugares* (2022), *Grandes enigmas del pasado* (en coautoría; 2022), *Historia secreta de Estados Unidos* (2022) y *Magos. Los videntes que moldearon la historia* (2023). En este caso, le pregunté por el libro recientemente publicado *Los crímenes que cambiaron la historia de España* (Oberon)

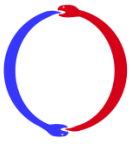
Empecemos por un dato. España está entre los países con mayor número de líderes nacionales

en ejercicio asesinados del mundo, junto a República Dominicana y Estados Unidos de América. Nuestro país, con cinco, está a la cabeza entre los países occidentales. Así en frío, puede ser solo una cifra, pero no obedece a un cúmulo de casualidades, hay razones para figurar en tan deshonesto *ranking*. Coméntenoslas brevemente.

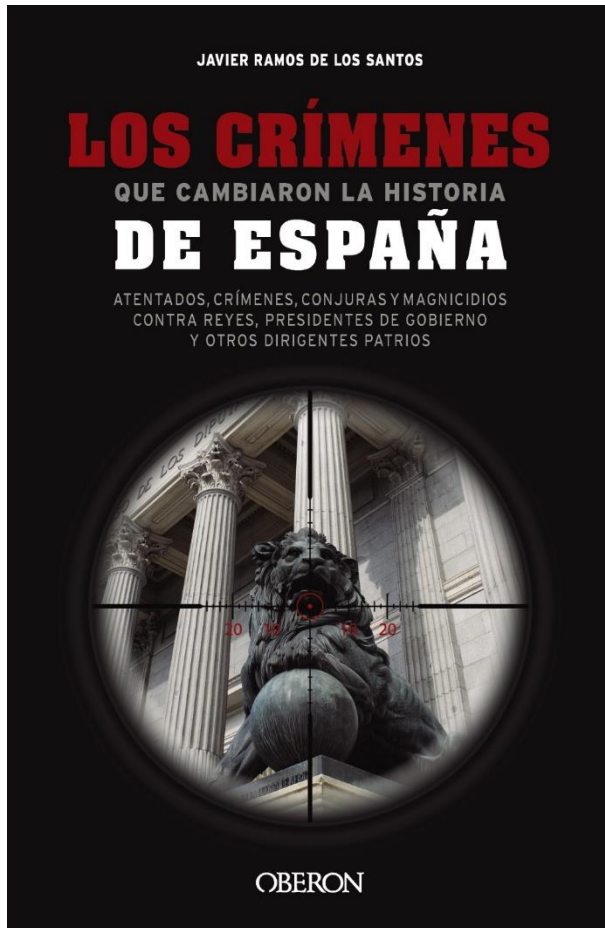
En poco más cien años (desde el 27 de diciembre de 1870 al 20 de diciembre de 1973), cinco presidentes del Gobierno fueron asesinados. Vistos en perspectiva, fueron auténticos golpes de Estado. Esa abundancia de casos pone de manifiesto que nunca fue una casualidad, sino un modo siniestro de cambiar la política. El magnicidio se presenta como la solución ideal para transformar la política a la carta, engañando a la historia con la exaltación de la heroicidad de los asesinos y el olvido de la investigación. El anarquismo, por ejemplo, emergió contra el mundo de privilegios heredado del siglo XIX que agitó los continentes europeo y americano entre finales del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX. En España, el movimiento anarquista gozó de uno de sus bastiones ideológicos, que se plasmó en su protagonismo en la vida política a través de la movilización social y laboral y con hechos como el asesinato de grandes líderes políticos.

Como leemos ya en el título, los grandes atentados que han sucedido en nuestro país han cambiado, al menos el mismo número de veces, la historia de la España. Cada vez se producen menos asesinatos de alto nivel, creo que el último fue el del ex primer ministro japonés Shinzo Abe en 2022. Pero ¿hasta qué punto es capaz de alterar el curso de un país este tipo de magnicidios al hilo de lo que leemos en su libro?

Solo el hecho de que en el Código Penal de nuestro país esté considerado el magnicidio un delito especialmente grave, penado con prisión permanente revisable, ya dice qué tipo de delito



supone para nuestra sociedad. El magnicidio ha sido durante más de un siglo una respuesta a los deseos de cambio. Mediante maquinación inteligente, la violencia política trata de cambiar el curso de la historia con la muerte violenta de los máximos dirigentes. Desde finales del siglo XIX y hasta muy avanzado el XX, en España la forma nueva de forzar el destino colectivo era matando a un solo hombre. En todas las ocasiones se han detectado grupos de ejecutores manejados en la sombra por quienes se benefician de la acción y encubren la verdad revistiéndola con la supuesta ideología revolucionaria de los asesinos.



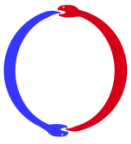
Entre los alicientes de leer *Los crímenes que cambiaron la historia de España* está el descubrir que Prim, Canalejas, Cánovas, Dato y Carrero Blanco, todos presidentes del Gobierno, fueron asesinados en “extrañas” circunstancias. Tras aquellos, junto a otros intentos de magnicidios, hallamos desde impunidad a exaltación

de la heroicidad de los asesinos pasando por el ajusticiamiento a toda carrera o el olvido de la investigación. No hemos de mencionar el caso de la famosa bala mágica de JFK para tener nuestros propios magnicidios suspicaces. ¿No es así?

Lo curioso es que se pueden remarcar, además, cuatro características que se repiten en los cinco asesinatos: importantes fallos de seguridad que dejaron a los presidentes demasiado expuestos; ninguno de los casos fue investigado como se debería; a pesar del fracaso que suponen estos actos, ha sido común que los ministros cercanos al presidente asesinado ascendieran en vez de ser destituidos; la cuarta constante es que los asesinos fueron tildados de libertarios o revolucionarios, enmascarando con ello maniobras políticas que, al investigar, puede verse que llevaron a cabo criminales a sueldo, de perfil idéntico. Demasiadas ‘extrañas’ circunstancias que dan que pensar, desde luego...

Como decía, además de los cinco magnicidios referidos, su libro incluye casos de intentos de asesinato. Desde el propio Carrero Blanco o Aznar, por la banda terrorista ETA, pasando por el emérito Juan Carlos I o Francisco Franco. Creo que el generalísimo, como ocurrió en Cuba con Fidel Castro, tuvo algún tipo de ángel de la guarda. Hablamos de más de 20 intentos fallidos durante la dictadura por no hablar de los precedentes siendo militar en Marruecos. ¿Realmente hay gente con tanta suerte o no existe el azar en estos casos?

De Franco siempre se ha dicho que contaba con baraka, es decir, una especie de bendición de Alá que lo protegía de los malos augurios y le concedía una especie de suerte milagrosa. Así llamaban los sufíes (místicos del Islam) a esa fortuna que solo algunos elegidos podían disfrutar. Durante la Guerra de Marruecos, Franco combatió en territorio africano y concedió mucha importancia a la magia y a las predicciones



de las artes adivinatorias. Consultaba a las brujas del norte de África, en especial una que se llamaba Mersida y vivía en Marruecos. ¿Quedó cubierto de una capa de protección que lo acompañó hasta su muerte? Quien sabe...

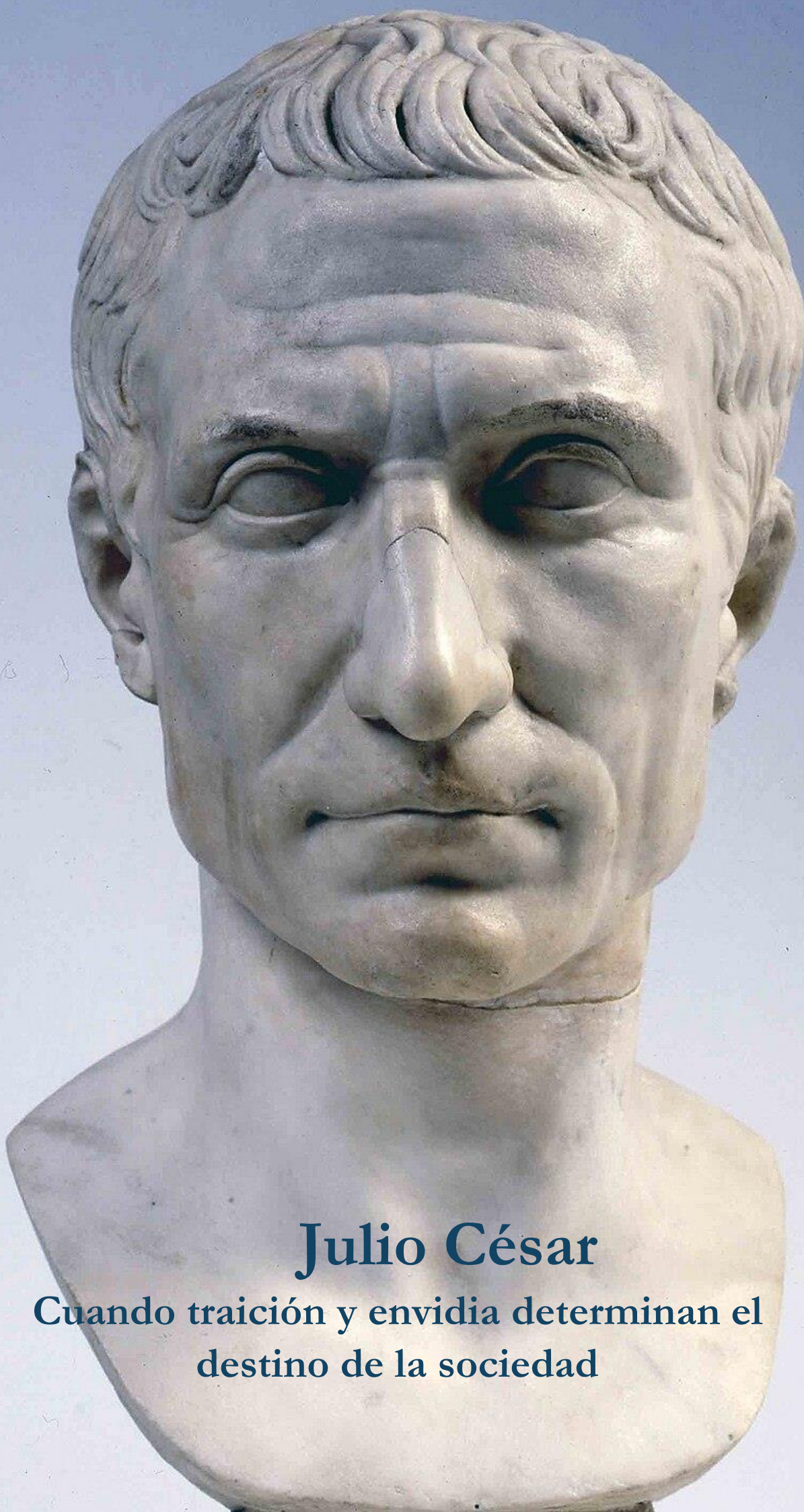
Si volvemos a los cinco magnicidios en España, tres, los de Canalejas, Eduardo Dato y Cánovas del Castillo, ocurrieron al ser tiroteados por anarquistas. Carrero Blanco, en un atentado con explosivos. Y el de Juan Prim, a consecuencia de un atentado del que todavía hoy se desconoce la autoría..., por no mencionar la polémica sobre si fue supuestamente estrangulado. ¿Cabe hablar de manos negras o teorías conspiranoicas en nuestro país en algunos asesinatos o intentos de ello?

Los enigmas y misterios que envuelven a los cinco magnicidios, así como las dudas y las contradicciones que se derivan de las versiones oficiales de los asesinatos, por supuesto dan bastante que pensar. Y mucho. Invito al lector a leer mi libro *Los criminales que cambiaron la historia de España* para que extraiga sus propias conclusiones.

Ya para terminar, me gustaría preguntarle, al hilo del título de su libro, por esos cambios en el curso de la historia de un país, por el nuestro, en concreto. Por cercanía, ¿qué hubiera sido de España si el atentado de la calle Claudio Coello, 102 de Madrid no hubiera acabado con la vida del almirante Luis Carrero?

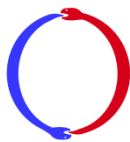
Lo desconozco. Simplemente podemos conjeturar “qué hubiera pasado”. Quizá la transición democrática hubiese sido algo más complicada, ya que no se sabe qué postura hubiese tomado realmente el almirante; es posible que fuese diferente a la que hubiera tomado el rey Juan Carlos I, que tal vez no hubiese firmado la democracia. Quizá que la transición se hubiese dado de todas maneras, pero hubiese sido más costosa, tal vez la

dictadura hubiese perdurado algunos años más, con todos los perjuicios que ello conllevara para la población del país.



Julio César

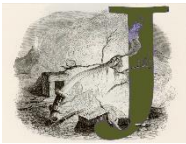
**Cuando traición y envidia determinan el
destino de la sociedad**

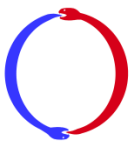


Diego García Paz

Como jurista, suyas fueron importantes leyes, incuestionablemente avanzadas, en las que dispuso que los jueces fueran separados de la influencia de los políticos, de modo que su elección se llevara a cabo por cauces ajenos a los senadores, e impuso el principio de imparcialidad, con el deber para el juez de abstenerse de conocer aquellos asuntos en los que tuviera cualquier interés (sin duda, tengo para mí que a César esta iniciativa le surgió por sus propias — y tristes— vivencias en el foro procesal); amplificó el concepto de ciudadanía (de gran relevancia jurídica en el derecho romano) para hacerlo propio también de los habitantes de las provincias que él había anexionado, dando lugar de este modo a la forja de una república unida; dispuso un concepto de titularidad dominical de las tierras rústicas que tendía a evitar la aparición de grandes terratenientes y el reparto más equitativo de dichas propiedades; e incluso legisló sobre el deber y responsabilidad de los padres de proteger debidamente a sus hijos, penando el abandono o el maltrato infantil, y reconoció el derecho de propiedad de la mujer tras el matrimonio.

Pero en el desarrollo de tal carrera meteórica, que hizo de él una personalidad brillante en su tiempo, y querida por el pueblo, pronto surgieron los celos y no solo de sus enemigos políticos, de los del partido contrario. Ya en la época del triunvirato, en el Senado se procuraba que César no tuviera un especial protagonismo, en un equivalente a lo que hoy conocemos como “hacer la cama”, de modo que más de uno, y no precisamente enemigo declarado, trató en la sombra de opacarlo o de cerrarle ciertos caminos de ascenso, si bien César, más inteligente, e incapaz de mantener un perfil bajo, llegó a la misma meta por sí mismo, y no solo eso: aquellos que pretendían silenciarlo al final terminaron ellos silenciados y para siempre. Con esta forma de proceder, así como él se hacía cada vez más conocido y grande, en la misma proporción crecía la inquina hacia su

ulio César (100 a.C. – 44 a.C.) fue, posiblemente, el más grande general romano de la era precristiana. Al margen de las vicisitudes de su vida personal, a las que añadió una importante inquietud intelectual, plasmada en sus facetas de abogado, escritor y orador, César fue un hombre inteligente que realizó grandes logros en muchos campos que beneficiaron a Roma, con la victoria en guerras cruciales que expandieron los confines de la República iniciando una época de prosperidad. Quizá estos fueron los únicos y verdaderos tiempos del apogeo de Roma. Supo hacer frente al dictador Sila y ganarse la amistad de aquellos que propiciaron su ascenso, atravesando el *cursus honorum* hasta llegar a conformar el Primer Triunvirato, con Craso y Pompeyo, y de ahí conseguir el poder total por sí solo.



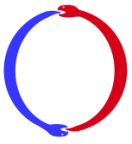
persona, que era esperable en los adversarios habituales, pero que se hizo especialmente cruenta en aquellos que él consideraba de su confianza, quienes generaron, en el fondo, algo tan básico y primitivo como un sentimiento de envidia que literalmente los superaba, lo que llevó a conformar un silencioso vínculo entre extraños compañeros de viaje, quienes, unidos en un mal sentimiento, miraban y callaban ante sus éxitos, naciendo la conjura contra César que acabó con su vida. Más de sesenta sujetos se aliaron para matarlo, entrando en el mismo saco los políticamente contrarios, los “amigos” que no lo eran, e incluso aquellos a los que había ayudado y hasta perdonado, quienes no soportaban tal manifestación de grandeza.

Son los idus de marzo del año 44 antes de Cristo. César ya había recibido cierta información de que algo se estaba tramando contra él y algún verdadero amigo que le quedaba le dejó caer que pusiera una excusa y no fuera a la reunión del Senado ese día. Pero uno de los conjurados (en el que conservaba un punto de confianza) le recomendó que sí fuera para no elevar

la ira de los adversarios políticos lo que, unido al temperamento de César, dio lugar a que finalmente acudiera. Allí, una multitud de políticos de todos los frentes se arremolinaron a su alrededor, y comenzaron a apuñalarlo hasta dejarlo desangrado y muerto en el suelo. Conocida es la frase de César al ver a Bruto (a quien él mismo había perdonado tras la guerra civil que lo encumbró y en la que estaba en el bando contrario) asestarle una de las puñaladas: “¿Tú también, Bruto?”. Algunas fuentes expresan que se dirigió a él no por su nombre, sino como “¿Tú también, hijo mío?”.

Tras este lamentable suceso, que solo sirvió para sacar a la luz la catadura moral de aquellos que cínicamente se postulaban para hacer valer el interés general y público, los acontecimientos históricos derivaron en guerras civiles, en el fin definitivo de la república y en la aparición de un imperio, con Octavio al frente, que no cesó hasta castigar a todos aquellos conjurados, que no fueron pocos. El declive había empezado, y el ocaso de un gigante como Roma empezó a ser escrito. Julio César, por el contrario, y de





nuevo, los superó a todos, pues su nombre (César) fue desde entonces adoptado por los emperadores, como signo de grandeza, y él mismo, considerado una práctica deidad.

Como puede observarse, la falta de escrúpulos en la política, esto es, una aberrante carencia de ética, no solo dio lugar a un asesinato (que se suele emplear como ejemplo técnico en derecho penal para explicar teorías de autoría y participación), sino al inicio de la época de corrupción institucionalizada que acabó por destruir con el tiempo todo aquel gran imperio.

Conclusión relevante a extraer de la historia de Julio César es la necesidad de que aquellos que aspiren en algún momento de sus vidas a hacerse con el poder han de ser poseedores de unos principios firmes desde el plano de la ética personal y pública, renunciando, a costa del esfuerzo que sea, a sus bajas pasiones y mezquindades, pues si no es así lo único que conseguirán es, más pronto o más tarde, ponerse solos en evidencia, ser los artífices de normas jurídicas aberrantes por inmorales, como ellos mismos son, y lo que es peor: arrastrar a sociedades completas hacia el abismo.

Milenios transcurridos desde entonces; reflexiones vigentes en la actualidad.

Amo el nombre del honor más de lo que temo a la muerte.

Todos los malos precedentes comienzan como medidas justificadas.

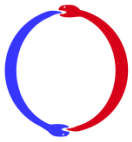
El enemigo más grande siempre se esconderá en el último lugar en el que buscarías.

¿Pueden imaginar un sacrilegio más terrible que el que nuestra amada República esté en las manos de unos dementes?





Una muestra de literatura
albanesa



índice



Pravia Arango

siquiera el mar puede lavarla! Ni todo el mar de este mundo”. (Pp.17-18)

Ecco. Recuerdo yo y se lo recuerdo a mis coetáneos. En mi juventud, lo único magnífico en la bolsa del mercado de valores de la mujer era su belleza con el sello de DOP; es más, aun hoy puede que siga funcionando la belleza femenina como valor refugio en el mercado de las relaciones humanas. No lo sé ni lo sabré porque siempre he estado en la categoría ¡pobrecita! Pero hoy, nosotras, las feúchas, ya hemos encontrado otros valores para introducirnos en el mercado. Sí, ya tenemos monederín. Así que gracias, caballeros, pero ya no dependemos de vuestras billeteras. Sí, sí, que por aquí, por España, ya hemos salido de la situación albanesa y que nos defendemos como gato panza arriba. Las feas pueden elegir vestir santos, ¡cómo no!, pero tienen además una buena baraja de posibilidades. En Albania, como muestra *El país donde nadie muere*, las cosas van más lentas y las feas aún son ¡pobrecitas!, pero paciencia, albanesas, todo va a mejorar.



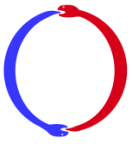
Cuenta Muñoz Molina en *Babelia* (31/5/25) que decía Cernuda: *Recuérdalo tú y recuérdaselo a los demás.*

Eso voy a hacer a propósito de la novela *El país donde nadie muere*, de la escritora albanesa Ornela Vorpsi. Leo en este libro: “Hay reglas que, en el espíritu de un pueblo, nacen sin más, de forma natural, como las hojas de una planta. En nuestra opinión, estas reglas se basan en una única tesis: una muchacha bonita es una puta y una muchacha fea —¡pobrecita!— no lo es.

En este país, una muchacha tiene que tener mucho cuidado con su *flor inmaculada* porque *un hombre se lava con un pedazo de jabón y queda como nuevo*; a una muchacha, en cambio, ¡ni



A Ornela Vorpsi le sale una novela corta, con capítulos muy breves donde la sugerencia y la sintonía emocional con el lector constituyen el ingrediente básico. No usa muchas palabras, no



se trata de amodorrar al lector para que se pierda en un follaje léxico asfixiante, vacío y hueco. Vorpsi es una tiradora de precisión, nada de disparar a diestro y siniestro a ver qué cae, o sea, que le sale una novelita de elegancia silenciosa en palabras de la gente *cool*. Toca otros temas, pero hoy me interesaba hacer una lectura parcial, sectaria y muy marcada ideológicamente del libro. Otro día seré más comedida.

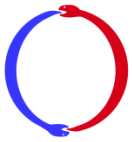
Termino. Mujeres albanesas, no desesperéis, os espera un futuro dorado (de verdad y sin connotaciones políticas). Mirad el vídeo. El vídeo. A mis brujas no las quema el fuego.

Mujeres españolas, latinas, portuguesas, francesas: “ladran; por tanto, cabalgamos”. *Salut*.





Con el poeta Roger Wolfe



Encarnación Sánchez Arenas

mirlo, (2009), *Gran esperanza un tiempo* (2013), *El amor y media vuelta* (2014), *Pasos en el corredor* (2016), *Algo más épico sin duda* (2017), *La poesía es un revólver apuntando al corazón (antología de poemas)* (2019), *Fazer o trabalho sujo* (2020), *El árbol del inglés* (2021).

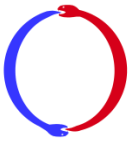


oger Wolfe (Westerham, Kent, 17 de octubre de 1962) es un poeta, narrador y ensayista inglés residente en España desde su infancia. Su estilo se inserta a medio camino entre el expresionismo y el realismo sucio. No obstante, algunos lo clasifican dentro de la llamada poesía de la experiencia o neorrealista, a la que, sin embargo, parodia frecuentemente.

Entre sus poemarios, tenemos *Diecisiete poemas* (1986), *Días perdidos en los transportes públicos* (1992), *Hablando de pintura con un ciego* (1993), *Arde Babilonia* (1994), *Mensajes en botellas rotas* (1996), *Cinco años de cama* (1998), *Enredado en el fango* [Treinta y seis poemas en inglés. Edición bilingüe. Versiones españolas del autor.] (1999), *El invento (antología poética)* (2001), *El arte en la era del consumo* [poemas y relatos] (2001), *Vela en este entierro* (2006), *Días sin pan* [antología] (2007), *Noches de blanco papel. Poesía reunida (1986-2001)* (2008), *Afuera canta un*



La cita, la paráfrasis, el epígrafe, la reapropiación paródica, son algunos de los mecanismos de los que se sirve la escritura de Wolfe para hacer entrar en sus poemas un importante caudal de referencias que complejizan el sentido último de los enunciados. Junto a la pretensión hiperrealista, el uso particular de un lenguaje sobrio y coloquial, el humor atravesado de ironía y sarcasmo, los vínculos y diálogos intertextuales, se conjugan pues, en su poética, como uno de los ejes vertebrales de su escritura. Estos aderezos conectan su poesía, por último, con tradiciones diversas, revelando el armazón complejo y multivocal de una poesía que se



construye muy lejos del vacío, como indica Mariano Domingo (2024): «Una poesía que no se hace en el vacío: huellas intertextuales en la lírica de Roger Wolfe».¹

La praxis de Wolfe, que desconoce las barreras entre medios y géneros, reivindica, junto a la reinterpretación de tópicos clásicos de la literatura universal, entre otras cosas, la filosofía y la ciencia, pero sobre todo, otras textualidades; estas habían sido largamente desatendidas o dejadas de lado como subproductos vulgares de la masificación cultural, bien por su índole experimental o su carácter popular, como es el caso del cine, el rock anglosajón o la música «comercial» española de los 70. La escritura misma tiende así a pluralizarse y todo aquello que se asocia con «lo poético» se complejiza por la convocatoria productiva de códigos diversos en una exploración verdaderamente integral, interdiscursiva e intermedial, según señala Mariano Domingo.²

¹ *Cuadernos de Aleph*, 17, pp. 201-218.

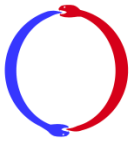
² *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica* n. 47, 2021, pp. 267-292.

Lectura estival

Libros de piscina, libros para la playa

Y... ¿en la montaña?





Pilar Úcar Ventura



Las Ferias del Libro se suceden a lo largo de todo el año y no solo en las grandes ocasiones: abril en Cataluña, mayo y junio en Madrid, en Gijón... y en otras muchas localidades de campanillas y renombre; certámenes, concursos, ediciones y convocatorias de todo pelo y pelaje, es decir, libros a toda página, en papel, del que se toca, se huele y se dedica con boli por el autor en ciernes o consagrado.

También hay eventos literarios en pequeños pueblos, en calles perdidas y reactivadas con negocios de algún empresario autónomo que decide sustituir su bar por un café bistró literario al gusto de Buenos Aires, por ejemplo, o de Cracovia.

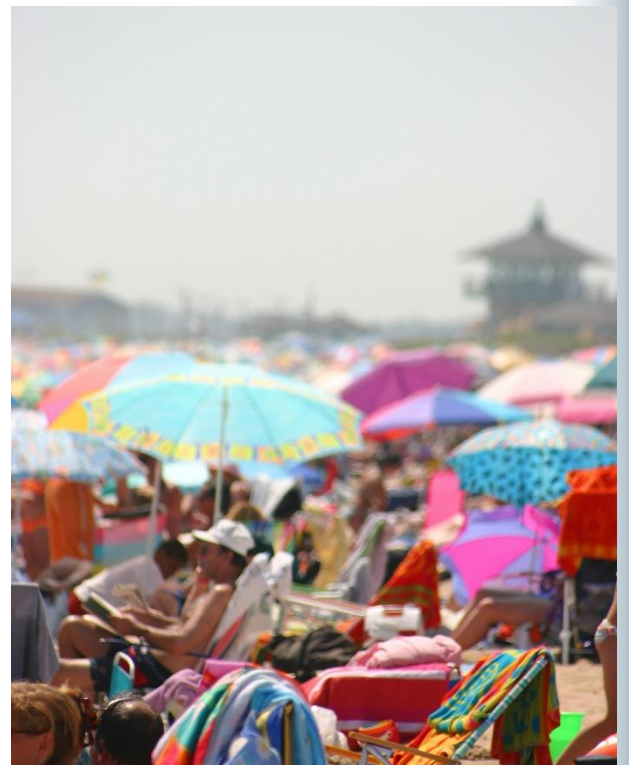
Sí es cierto que hay momentos más propicios — sobre todo mediáticos y a pleno altavoz— para los saraos librescos, entiéndase por tales la puesta de largo, la salida a hombros por la

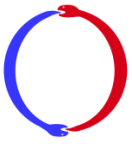
puerta grande de las novedades recién horneadas: la FLM. La Feria del Libro de Madrid da el pistoletazo de salida, corta la cinta inaugural para la lectura veraniega: es la ocasión para comprar todo lo que se va a leer durante el tiempo vacacional, y ahí es donde nos topamos con las famosas expresiones de “libro de verano: de piscina o para la playa”.

Siempre me ha llamado la atención que la “montaña” quede marginada de esta clasificación de lectura en verano, como si en el pico escarpado de una cordillera, en el repecho del monte o en una senda de la sierra el libro fuera incompatible con el piolet, la mochila y demás adminículos propios de este ecosistema.

Parece que la montaña invita al contacto con la naturaleza a flor de piel, a ensanchar pulmones y sudar la gota gorda por el esfuerzo, y en ese ambiente, el libro de papel adquirido en la caseta de nuestra editorial favorita no encaja.

Por eso, en la mayoría de los casos, se habla de “libro para llevar a la playa” o “libro para bajar a la piscina”.





Personalmente, entre el sol, la arena, el chiririguito, la tumbona, los niños tirándose de bomba, la vecina chismosa, el vecino cotilla, los jóvenes gritando, las palas y la pelotita, el olorazo a crema *sunblock*... no me parecen los mimbres más adecuados para concentrarse y leer el libro destinado al asueto durante ese tiempo de ocio tan merecido. Pero, por todos los detalles mencionados, he llegado a entender qué significa libro de verano, en general.

Es el libro que, si al ir pasando las páginas, uno se duerme o pierde parte del hilo narrativo, no pasa nada. Puede que resulte más interesante escuchar a la “gen Z” que nos rodea, percatarse de lo abroncados que están algunos “milenials”, o enternecerse con el castillo de arena de unos pequeños que no consiguen sujetarlo por falta de argamasa.

El libro de verano es la excusa para quienes no leen de lucir un postureo, cierta pose impostada. El autor, la autora de libros de verano, es consciente de su función, del objetivo de su escritura y por eso traza un eje, un esqueleto sin mucho

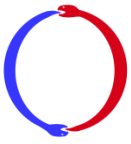
argumento, con mucha acción, personajes sin enjundia y final feliz o inconcluso para atrapar y enganchar al incauto en la secuela.

Quien se estrena en verano en el sabio hábito de la lectura ha de saber algo fundamental: no pasa nada si en el decurso del proceso lector se pierde alguna escena, algún párrafo, o se salta algún capítulo atorrante, dominado por la modorra de la siesta o invadido por la resaca de una noche salvaje, es decir, que no perciba la conciencia mordiente porque ha contravenido su propósito previo al inicio de las vacaciones o porque le ha costado unos buenos “euracos” que los podría haber destinado a las cañitas del aperitivo o de media tarde.

En verano, todo es más laxo: vestidos vaporosos, camisas sueltas y pelo al aire, hasta las personas adolecemos de flojera... Así son los libros para bajar a la piscina y para llevar a la playa.

La historia pergeñada por el autor ha de ser lo suficientemente intrascendente como para no





sentir pena de la pérdida durante el camino de algún avatar ocurrido al protagonista: no hay necesidad de volver hacia atrás y ponerse al día de qué le ha pasado, porque seguramente, no le ha pasado nada...

A los españoles que leen en papel les gustan los libros de tapa dura, de los que, al apoyarlos en el abdomen, se incrustan en el diafragma. El libro de bolsillo, de tapa blanda, con páginas oscuras, letra apretada y “low cost” no tiene buena prensa; observemos que casi nunca regalamos uno de estas características; ya que me he decidido a leer este verano, que sea en condiciones. Cantan las estadísticas que durante los meses de julio y agosto se lee más. No lo tengo tan claro. Quizá se tiene la intención de hacerlo como los “buenos” propósitos a principios de año.

Sin ánimo de denostar los libros de verano, las editoriales hacen su agosto (¡qué propio!) en primavera, bombardeando al público con nuevos títulos, principalmente, novelas, novelón diría yo, cuanto más gordo, mejor: así me acompaña durante todas las vacaciones y no me duele tanto el bolsillo después de habérmelo rascado.

Quien se decide a leer en verano ha tenido la precaución de revisar los “topten”, de conocer el “numberone” en el ranquin de los más leídos, no sea que me consideren una *rara avis*, con un libro descatalogado que no conocen más que los escolares en tiempo del curso académico.

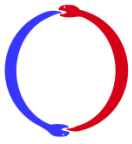
Sea lo que fuere, bienvenida la lectura; como yo les digo a mis pupilos en la universidad: hasta la letra apretujada de la caja del dentífrico hay que leer.

Y en la montaña... también.

Feliz lectura de verano.



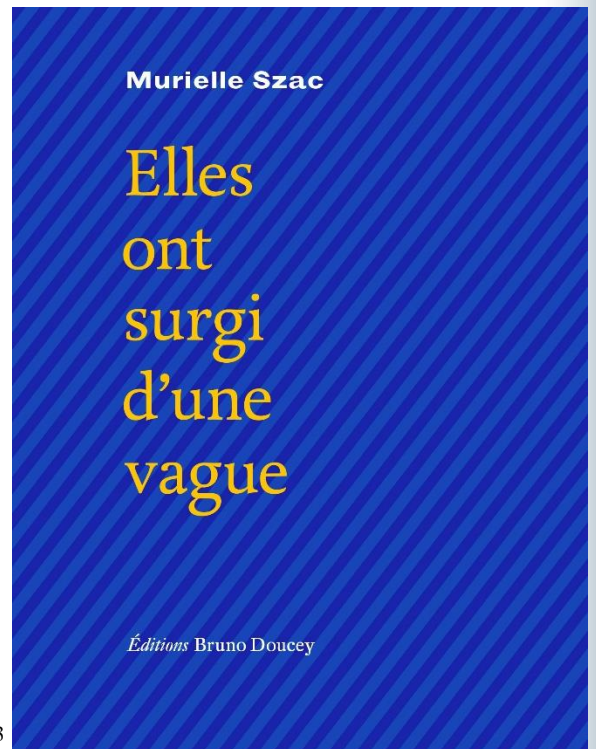
Murielle Szac



Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**



Murielle Szac es autora y editora. Creadora de la colección *Ceux qui ont dit non* (Actes Sud jeunesse) y cofundadora de la editorial Bruno Doucey, donde dirige varias colecciones, ha publicado más de veinticinco obras, entre ellas la serie *La mythologie grecque en 100 épisodes* (Bayard), que ahonda en el corazón de los grandes textos fundadores. En 2021, su poemario *Immenses sont leurs ailes* (ilustrado por Nathalie Novi) obtuvo el prestigioso premio Bologna Ragazzi de poesía en la Feria Internacional del Libro Infantil de Bolonia. Sus últimas publicaciones son *Joan Baez dit non à l'injustice*, novela gráfica ilustrada por Jeanne Detallante (Actes Sud), *Tosca* (novela, ediciones Emmanuelle Collas, 2024) y *L'Odyssée des femmes* (ensayo, Editions de l'Iconoclaste, 2023).



3

³ https://fr.wikipedia.org/wiki/Murielle_Szac

Poemas de *Elles ont surgi d'une vague* (Ed. Bruno Doucey 2025)

Le cri d'Antigone

Sanctuaire de son cri

je n'en finis pas de prier
la tendre et inflexible
qui à ses frères
offrit un nid
et déchira en lambeaux
ce qu'elle aimait par-dessus tout
la vie

à la vie elle offrit son cri
de démente

le cri de la mendicante
son cri de résistante
non
jamais
ne pas renoncer
ne pas

sous la pierre
ensevelie
avant que la terre n'étouffe son cri
elle nous a dit
debout
restez toujours debout

j'ai promis d'essayer

et du plus loin qu'il me souvienn
je hisse
sa robe blanche maculée de liberté
phare
étendard
voile déployée
pour mes odyssées

El grito de Antígona

Santuario de su grito

no puedo dejar de rezar
a la tierna e inquebrantable
que a sus hermanos
ofreció un nido
y despedazó
lo que amaba por encima de todo
la vida

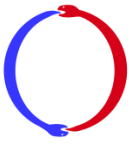
a la vida ofreció su grito
de demente

el grito de la mendiga
su grito de resistencia
no
nunca
no renunciar
no

bajo la piedra
enterrada
antes de que la tierra ahogara su grito
nos dijo
de pie
siempre de pie

prometí intentarlo

y desde que tengo memoria
alzo
su vestido blanco manchado de libertad
faro
estandarte
velo desplegado
para mis odiseas



Celle qui dit non

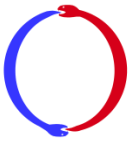
Fuir
fuir à toutes jambes
fuir à perdre haleine
non
je ne veux pas
mes cheveux s'emmêlent aux branchages
les épines griffent mes joues
lacèrent mes habits
il se rapproche
courir
fuir
j'entends son souffle rauque
je sens son haleine sur ma nuque
accélère
accélère
j'ai dit non
il s'en moque
cœur en vrac
cœur qui va exploser
tapis de feuilles glissant
je trébuche
il est déjà sur moi
je crie
je hurle
non je ne veux pas

Il avait dit
je t'en supplie Daphné
dis-moi oui
toutes les femmes sont à mes pieds
mais c'est toi que je veux
toi

La que dice que no

Huir
huir a toda prisa
huir hasta perder el aliento
no
no quiero
mi pelo se enreda en las ramas
las espinas arañan mis mejillas
laceran mi ropa
se acerca
correr
huir
oigo su aliento ronco
siento su aliento en mi nuca
acelera
acelera
he dicho que no
no le importa
corazón lastimado
corazón a punto de estallar
alfombra de hojas resbaladizas
tropiezo
ya está encima de mí
grito
chillo
no no quiero

Él había dicho
te lo ruego Daphné
di que sí
todas las mujeres están a mis pies
pero es a ti a quien quiero
a ti



J'étais restée silencieuse
immobile
tremblante de peur
lui qui a tous les pouvoirs
moi qui n'en possède aucun
il a cru que j'acceptais
s'est approché a voulu m'embrasser
a saisi mon poignet
me suis affolée prise au piège
me suis débattue
il a serré plus fort
non j'ai hurlé

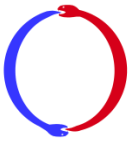
Surpris Apollon m'a lâchée
j'ai couru dans le bois
 biche traquée
lui à mes trousses
moi aux abois

Maintenant il me tient me tord
ses doigts m'agrippent me fouillent
je hurle encore
non
je sens mes orteils s'enfoncer dans la terre
mes bras s'allongent branches tendues vers le ciel
mon corps se couvre d'une écorce rugueuse
il s'écorche les doigts à ma peau devenue bois
sa lèvre saigne d'avoir mordu mon feuillage
il n'a plus rien à caresser plus rien à posséder
il a perdu
il est vaincu

Permanecí en silencio
inmóvil
temblando de miedo
él que tiene todo el poder
yo que no tengo ninguno
pensó que yo estaba de acuerdo
se acercó quiso besarme
me agarró de la muñeca
me entró el pánico caí en la trampa
forcejeé
apretó más fuerte
grité que no

Sorprendido Apolo me soltó
corrí hacia el bosque
 corza acosada
él pisándome los talones
yo acorralada

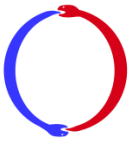
Ahora me sujeta me retuerce
sus dedos me agarran me registran
grito otra vez
no
siento los dedos de mis pies hundirse en la tierra
mis brazos se alargan ramas que buscan el cielo
una áspera corteza cubre mi cuerpo
él se araña los dedos en mi piel que ya es madera
su labio sangra de morder mi follaje
no le queda nada que acariciar nada que poseer
ha perdido
está derrotado



Je n'ai plus de tête plus de mains plus de pieds
j'ai ramures souples et fermes
j'ai racines fortes et profondes
j'ai verdure luisantes et odorantes
je suis laurier qui jamais ne sera possédé
 contre son gré
je suis devenue arbre de la résistance

Ya no tengo cabeza ni manos ni pies
tengo ramas flexibles y firmes
tengo raíces fuertes y profundas
tengo hojas brillantes y fragantes
soy un laurel que nunca será poseído
 contra su voluntad
me he convertido en un árbol de resistencia





La scandaleuse

Vous dites
que je suis scandaleuse
que mon amour est obscène
je vous choque
tant mieux
mon désir vous éclabousse
c'est lui que vous accusez
que vous jugez
pas moi

Je t'ai menti Thésée mon vieux mari
je ne t'ai jamais aimé
je t'ai menti

Je t'ai toujours haï
haï quand tu as pris mon Ariane
ma source
ma flamme
mon âme sœur
haï quand tu l'as trahie
salie avilie
haï d'être si sûr si fier de toi
Tu ne me crois pas?
tu te demandes pourquoi je t'ai épousé?
pourquoi je t'ai choisi?
mais pour lui bien sûr
seulement pour lui

Ton fils seul je voulais
ton fils sa rousseur de feu sa douceur de lune
sa pâleur de fauve sa vigueur d'étalon
l'or de ses yeux son corps alangui
l'odeur de ses creux le goût de ses pleins
ses mains sur mes seins
ses doigts au secret

La escandalosa

Decís
que soy escandalosa
que mi amor es obsceno
os molesto
pues mejor
mi deseo os salpica
es a él a quien acusáis
a quien juzgáis
no a mí

Te mentí Teseo mi viejo marido
nunca te amé
te mentí

Siempre te odié
te odié cuando te llevaste a mi Ariadna
mi fuente
mi llama
mi alma gemela
te odié cuando la traicionaste
mancillada envilecida
te odié estar tan seguro tan orgulloso de ti
¿No me crees?
¿te preguntas por qué me casé contigo?
¿por qué te elegí?
pero por él claro
sólo por él

Tu hijo solo quise
a tu hijo su ardiente rojez su suavidad de luna
su palidez de fiera su vigor de semental
el oro de sus ojos su cuerpo lánguido
el olor de sus oquedades el sabor de su plenitud
sus manos en mis pechos
sus dedos en mi secreto

griffer son écorce lécher sa sueur
peau à peau
souffle langue jambes frisson
Hippolyte ma soif ma fureur ma douleur

Ton fils je le regarde
et tison
ton fils je le frôle
et fournaise
ton fils
unique objet de ma braise

Mais lui
non
jamais

horreur je lui fais

Alors oui je t'ai menti

Le punir

le vaincre le chasser se venger
le déchiqueter sur les rochers
m'ensevelir à ses côtés

Mais rien ne s'efface
c'est ainsi

Je demeure votre scandaleuse
celle dont le désir
jamais ne mourra

arañar su corteza lamer su sudor
piel a piel
aliento lengua piernas escalofrío
Hipólito mi sed mi furia mi dolor.

Tu hijo lo miro
y tizón
tu hijo lo rozo
y horno
tu hijo
único objeto de mis brasas

Pero él
no
nunca

le causo horror

Así que te mentí

Castigarlo

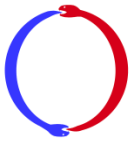
derrotarlo expulsarlo vengarse
destrozarlo en las rocas
enterrarme a su lado

Pero nada se borra
es así

Sigo siendo vuestra escandalosa
aquella cuyo deseo
nunca morirá



Un (Uno)
del poemario *Area (Arena)*



Manuel López Rodríguez

E máis nada que a textura lisa e acaída da construción arquitectónica, co canto dobrado (luído) e dixerido, co gris metálico entre os dentes e a néboa no horizonte e a carón de nós.

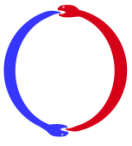
Se acaso a luz tenue marxinada desde o outro lado da miseria.

Xusto na pendente que a liña (recta) provoca
aparto co dedo maior a tea de lycra desviando a incerteza
e agarimando a pel. Alí hei
chegar. Alí hei ter

fogar

nese mesmo íntre e espazo.

Primeiro foi o ser e despois a posesión. Arestora é
a imaxe (e máis nada
que a textura lisa e acaída da construción).



Uno

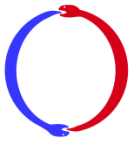
Y nada más que la textura lisa y favorecida de la construcción arquitectónica, con la esquina doblada (desgas tada) y digerida, con el gris metálico a través de los dientes y la niebla en el horizonte y acompañando nos.

Quizás la luz tenue marginada desde el otro lado de la miseria.

Exactamente en la pendiente
que la línea (recta) provoca
aparto con el dedo corazón la tela de lycra desviando la incertidumbre
y acariciando la piel. Allí
llegaré. Allí
tendré
el hogar en ese mismo instante
y espacio. Al principio fue el ser y después la posesión. Precisamente ahora
es la imagen (y nada más
que la textura lisa y favorecida de la construcción).

San Juan de Duero





Augusto Guedes

Quedareime só
na quietude da noite
para dicirlle
todas as palabras
e o seu silencio será
orballo para a miña alma doente

Quedareime só
co vento
que ruxe no val
para que me leve
onde viven os recordos

Quedareime só
coa chuvia
para que agarimosa
lave o meu corpo manchado

Quedareime só
coa néboa
para que tape
as mil feridas
que me atormentan

Me quedaré solo
en la quietud de la noche
para contarle a ella
todas las palabras
y su silencio será
rocío para mi alma dolorida

Me quedaré solo
con el viento
que ruge en el valle
para que me lleve
donde los recuerdos viven

Me quedaré solo
con la lluvia
para que amorosa
lave mi manchado cuerpo

Me quedaré solo
con la niebla
para que ella tape
las mil heridas
que me atormentan

Quedarei só
ante ti, home,
para buscar nos teus ollos
a chama que pode alumear
a miña escuridade

e alí onde a árbore
rompe a nube,
alí murmurarei só
a miña oración de viaxeiro

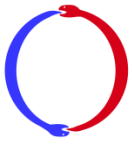
Me quedaré solo
ante ti, hombre,
para buscar en tus ojos
la llama que ilumine
mis tinieblas

y alí donde el árbol
desgarra la nube,
allí murmuraré solo
mi oración de caminante





El mio llar



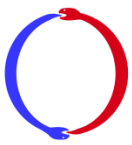
Alfredo Garay

El mio llar
casi nun ocupa nada,
ye un espaciu pequeñín,
ellí teo yo tola mio fortuna,
los mios bienes, alegrías y penes,
el mio consuelu y l'aselu,
esa paz que me cura y me sana
de toles firies.
Esa casa-cuerpu que nun me pertenez
a la que siempre quiero volver.
Qué más da'l nome que-y pongas.
El míu, el mio llar
tien nome de muyer.

Mi hogar
casi no ocupa nada,
es un espacio pequeño,
allí tengo toda mi fortuna,
mis bienes, alegrías y penas,
mi consuelo y sosiego,
esa paz que me cura y me sana
de todas las heridas.
Esa casa-cuerpo que no me pertenece
a la que siempre quiero volver.
Qué importa el nombre que le pongas.
El mío, mi hogar
tiene nombre de mujer.



Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

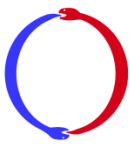
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

Novela

NOVELA				
Convocatorias de concursos que se cierran en julio de 2025				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Cristóbal Zaragoza	15	75 a 100	Ayuntamiento de Villajoyosa (España)	4 800
Salvador García Aguilar	31	80 a 125	Ayuntamiento de Rojales (España)	4 000

Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA				
Convocatorias de concursos que se cierran en julio de 2025				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Plazuela de Los Carros	1	2 a 4	Asociación cultural "Plazuela de los Carros" (España)	350
Cueva de Montesinos	4	≤ 5	Ayuntamiento de Ossa de Montiel (España)	200
Camilo José Cela	15	12 a 25	Ayuntamiento de Padrón (España)	1 500
Premios del tren "Antonio Machado"	18	-	Fundación de Los Ferrocarriles Españoles (España)	7 000
Estiba portuaria	18	1 750 a 3 500 palabras	ANESCO (España)	1.000
María de Maeztu	21	≤ 10	Asamblea de Mujeres de Estella-Lizarrá (España)	1 200
Constancio Zamora Moreno	22	5 a 7	Fundación Espejo (España)	300
La villa de San Juan del Puerto	25	2 500 a 4 500 palabras	IES Diego Rodríguez de Estrada y el Ayuntamiento de San Juan del Puerto (España)	2 000
Microrrelatos de Salou	31	30 a 200 palabras	Associació d'Escriptors de Salou Ôra Marítima (España)	150
Ciudad de Alfaro	31	≤ 8	Asociación de Escritores de la Ribera del Ebro "Escribere" (España)	500
Ars creatio "Una imagen en mil palabras"	31	1 000 palabras	Asociación Cultural Ars Creatio (España)	500
Castillo de San Fernando	31	≤ 6	Ayuntamiento de Bolaños de Calatrava (España)	500

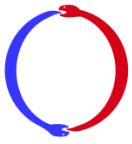


Poesía

POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en julio de 2025		
Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
El último templario del Bierzo, el Señor de Bemibre	2	25 a 150	Asociación Caballeros Bergidum Templi (España)	300
Wetonia	4	400 a 800	Ayuntamiento de Malpartida de Plasencia (España)	1 000
Castillo De Rochafriada	4	≤ 100	Ayuntamiento de Ossa de Montiel (España)	200
Segovia y su sierra. Ángel Esteban	5	30 a 100	Asociación Cultural Provincial "La Colodra" (España)	1 000
Ricardo Molina	11	700 a 2500	Ayuntamiento de Córdoba (España)	12 000
Jorge Manrique	15	≥ 500	Diputación de Palencia, en colaboración con el Ayuntamiento de Paredes de Nava (España)	6 000
Gabriel Celaya	15	≥ 500	Diputación Foral de Guipúzcoa (España)	12 000
Tren 'Antonio Machado	18	≤ 4 500 palabras	Fundación de Los Ferrocarriles Españoles (España)	7 000
"Gerardo Diego" de poesía para autores noveles	18	500 a 1000	Diputación Provincial de Soria (España)	5.000
Leonor"	18	500 a 1000	Diputación Provincial de Soria (España)	10 000
Constancio Zamora Moreno	22	90 a 100	Fundación Espejo (España)	300
ALCAP	31	575 a 625	Asociación Literaria Castellonense de Amigos de la Poesía (España)	500
Castillo de San Fernando	31	≤ 100	Ayuntamiento de Bolaños de Calatrava (España)	500

Otros géneros literarios

OTROS		Convocatorias de concursos que se cierran en julio de 2025		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Archivo Hispalense	11	-	Diputación Provincial de Sevilla (España)	5 000

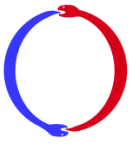


	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2						■					
3			■						■		
4				■				■			
5					■		■				
6	■	■								■	■
7					■		■				
8				■				■			
9			■						■		
10						■					
11						■					

Solución

HORIZONTALES **1** Pausa prolongada de la respiración. Allan Poe, autor de *El cuervo*. **2** Kafka, autor de *La metamorfosis*. Raspará una superficie. **3** Escuché. Darío, poeta nicaragüense. Símbolo del cloro. **4** Licor antillano. La nuera de Noemí. *Don de las calzas verdes*, comedia de Tirso de Molina. **5** Palo de la baraja española. Adiestramiento de animales. **6** Shaw, autor de *Pigmalión*. **7** Material para la fabricación de cerámica. Mercedes, cantante folklórica argentina. **8** Código de colores para pinturas. Piadosa. El yunque del platero. **9** Al revés, preposición. Günter, Nobel de literatura. Mil cien en la Roma antigua. **10** Judas, uno de los apóstoles de Cristo. de Molina, autor de *Los amantes de Teruel*. **11** Cantos individuales de las óperas. Sobrenombres.

VERTICALES **1** Capacidad de un recinto para albergar personas. Garbo, diva sueca del cine. **2** Abad, rector. Sistema de detección por ondas de radio. **3** Símbolo del sodio. Prestigioso premio literario. Quinientos uno, para los romanos antiguos. **4** De algún modo, la radio patria. Cerebro, pero sin pie. Diosa griega de la tierra. **5** El azul heráldico. Consideraciones a favor. **6** Prolífico apellido de *Cien años de soledad*. **7** De abajo a arriba, Teresa, para los amigos. Un elemento de la bandera. **8** Uno de los hijos de Jacob. Dispositivo para aumentar la velocidad en Fórmula 1. Afluente del río Miño. **9** Nombre de consonante. *Esperando a*, obra de Beckett. Acudir al revés. **10** De igual modo, divisor del milímetro. Gregor, personaje de *La metamorfosis*. **11** Desmenuza algo. Repugnancias.



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50

Solución

<u>22</u>	<u>44</u>	<u>8</u>	<u>3</u>	<u>48</u>	<u>15</u>			
<u>38</u>	<u>31</u>	<u>29</u>	<u>30</u>	<u>23</u>	<u>2</u>	<u>1</u>		
<u>43</u>	<u>18</u>	<u>40</u>	<u>36</u>	<u>11</u>	<u>46</u>	<u>37</u>	<u>50</u>	<u>21</u>
<u>10</u>	<u>27</u>	<u>9</u>	<u>35</u>					
<u>14</u>	<u>25</u>	<u>12</u>	<u>4</u>	<u>7</u>				
<u>33</u>	<u>24</u>	<u>49</u>	<u>17</u>	<u>26</u>	<u>34</u>			
<u>47</u>	<u>41</u>	<u>5</u>	<u>20</u>					

Coloquen tirantes sobre los paquetes

Oración por los difuntos

Altitud, altura

Negro para uno de París

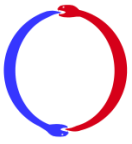
Equivocación, fallo

La diosa de la Luna en la mitología griega

Inscripción en la cruz de Cristo

Texto: pensamiento de Milton.

Clave, primera columna de definiciones: condición violenta del ánimo, exaltación.



Obituario

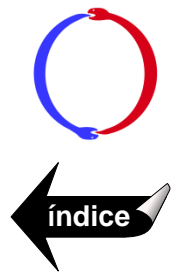
Frederick McCarthy Forsyth (25/8/1938-9/6/2025), más conocido como **Frederick Forsyth** fue un conocido novelista británico natural de Kent. Especializado en el *thriller* y autor habitual en las listas de superventas, fue capaz de inventarse hasta su propia vida y convertirla en una más de sus novelas. Aunque aseguraba ser miembro del antiguo MI6 —uno de los servicios de inteligencia protagonista de los juegos de espías que tanto gustaban a los británicos—, en realidad nunca lo fue, sino que convirtió en información de inteligencia en Biafra lo que era una actividad de periodista *freelance*. Forsyth documentaba sus novelas, a veces aprovechando los resultados de su actividad de periodista profesional y, en otras, con dedicación específica a hurgar en las fuentes, lo que le llevó a contactar con todo tipo de individuos, una contribución adicional para los personajes de sus obras. A menudo, también estas tareas de investigación sobre el terreno —nunca demasiado profundas— fueron exageradas hasta convertirlas en situaciones peligrosas, al borde de la muerte. Todo formaba parte de esa novela en la que quiso convertir su vida y con la que sus obras se mezclaban. Quizá por esa identificación entre el autor y la obra, aunque ambas partes fuesen fruto de la imaginación, las novelas de Forsyth tuvieron tanto éxito, aunque tampoco hay que desmerecer su trama trepidante y el buen dibujo de las escenas de acción.



El listado de su obra es muy largo, pero cabe destacar entre las más importantes, *The day of the Jackal* (1971), *The Odessa file* (1972), *The dogs of war* (1974) o *The four protocol* (1984). Estas y otras más fueron llevadas a la gran pantalla, a menudo con actores de campanillas y un buen éxito de taquilla. A esto contribuyó, en buena medida, la situación de Guerra Fría de la época, el terrorismo en efervescencia en diversos estados occidentales y la difusión para el gran público de la actuación nazi durante la Segunda Guerra Mundial.



La quena



Juana Manuela Gorriti

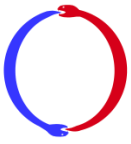
Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

I La cita

Las doce de la noche acababan de sonar en el reloj de la catedral de Lima. Sus calles estaban lóbregas y desiertas como las avenidas de un cementerio; sus casas, tan llenas de luz y de vida en las primeras horas de la noche, tenían entonces un aspecto sombrío y siniestro; y la bella ciudad dormía sepultada en profundo silencio, interrumpido sólo á largos intervalos por los sonidos melancólicos de la vihuela de algún amante, ó por el lejano murmullo del mar que la brisa de la noche traía mezclado con el perfume de los naranjos que forman embalsamados bosques al otro lado de las murallas.

Un hombre embozado en una ancha capa apareció á lo lejos entre las tinieblas. Adelantóse rápidamente, mirando con precaución en torno suyo, y deteniéndose delante de una de las rejas doradas de un palacio, paseó suavemente sus dedos por la celosía de alambre.

La celosía se entreabrió.



—¿Hernán? —dijo una voz dulce y armoniosa como las cuerdas de una lira. Y al mismo tiempo apareció el bellissimo rostro de una joven engastado en negros y largos rizos sembrados de jazmines y aromas.

—¡Rosal amada mía, no temas, soy yo! —respondió con apasionado acento el embozado, estrechando contra su pecho la mano blanca y fina que la joven le alargaba.

—¡Oh! ¡cuánto has tardado esta noche —dijo ella suspirando.— Yo contaba los segundos por los latidos de mi corazón; pero eran éstos tan precipitados, que me parece haber vivido siglos desde las once.

Y abriendo enteramente la celosía, se puso de rodillas en el antepecho de la ventana para mirar de más cerca á su amante, cruzando por fuera de la reja dos brazos torneados y blancos como el alabastro, con esa mezcla de infantil confianza y de gracia voluptuosa peculiar sólo á nuestras vírgenes americanas, á quienes la influencia de nuestro ardiente sol, sin quitarles nada de la inocencia adorable de la niñez, les da con todos sus refinamientos, las seducciones de la mujer.

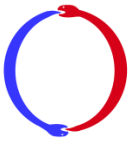
Aquél á quien ella llamaba Hernán, contemplaba en un éxtasis doloroso el rostro encantador que casi tocaba al suyo.

—¡Rosa! ¡adorada mía! —la dijo— nunca te vi tan hermosa como en este momento; nunca tus ojos han resplandecido con tan divino fuego, ni tu dulce voz ha tenido jamás sonidos tan mágicos para mi corazón.

—Y, sin embargo, vas á alejarte de mí, á abandonarme á las persecuciones insoportables de ese odioso Ramírez, que escudado con la aprobación de mi padre, de quien es amigo y colega, me considera insolentemente como su propiedad futura, sin contar para nada con mi voluntad. Pero yo les haré conocer la energía de esa voluntad con que no cuentan; y si tú me abandonas en la lucha terrible que voy á sostener, mi valor no me abandonará al menos. Guarda, pues, ese fatal secreto que rehusas confiar á tu amante, y que, puesto que te prohíbe el pedir á mi padre el corazón que su hija te ha dado, será quizá algún vínculo que te liga á otra...

La voz de la bella joven que había tomado el acento firme de un adolescente, descendió á estas palabras, á un diapasón dulcísimo, perdiéndose en un largo sollozo.

—¡Rosa! ¡ángel mío! no aumentes con tus lágrimas la horrible amargura que inunda mi corazón. ¡Ay! yo dilataba el momento de destrozarte el tuyo con el peso de mi secreto, pero, pues ha llegado la hora... ¡sea!... ¿Quieres saber quién es este Hernán á quien conociste en aquella corrida de toros sentado al lado del virrey? Este Hernán de Camporreal, educado con los hijos de los grandes de España, es el descendiente de esa raza proscripita que vosotros, sobre todo tu padre, miráis con tanto desprecio, después de haberla destronado y de haberos engrandecido con sus riquezas; el



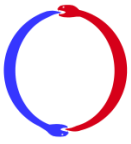
que te ama á ti, hija del orgulloso oidor Osorio, el que prefieres al poderoso y magnífico oidor Ramírez, es el hijo de una india; es un desventurado que nada posee en el mundo aunque su pie huella quizá los tesoros que sus padres confiaron á las entrañas de la tierra para sustraerlos á la sanguinaria codicia de sus tiranos.

Hernán se interrumpió, fijando en su amada una mirada penetrante, como si quisiera leer en el fondo de su alma. Pero ella había cruzado las manos sobre su pecho y lo contemplaba extasiada.

—¡Qué escucho! —exclamó.— ¡Hernán el elegido de mi corazón, es un hijo de los incas! ¡Oh! ¡Yo lo había sentido! ¿De dónde venía esa emoción profunda que aun antes de conocerte sentía yo al solo nombre de Manco Capac ó de Atahualpa? Se hubiera dicho que entre mi corazón y el sepulcro olvidado de esos héroes, mediaba una fibra palpitante, por la cual el calor juvenil de mi sangre comunicaba con sus heladas cenizas. Entonces yo atribuía ese sentimiento extraño á las vehementes simpatías de la juventud, aun por seres desaparecidos después de siglos; pero era el presentimiento de mi amor. Mas dime, Hernán, aunque mi padre mire con desprecio el linaje de tu madre, ¿en qué perjudica esto á nuestro amor, pues que el noble conde de Camporreal la hizo española dándole su nombre?

La altiva frente de Hernán palideció á estas palabras.

—¡Oh! ¡santa madre mía! —exclamó elevando al cielo una mirada de amor infinito,— ese nombre que te rehusaron, por noble que sea, todavía no era digno de ti: él no podía aumentar el brillo de la aureola de virtudes, de honor y de heroísmo que rodeaba tu frente. ¡No! Rosa, mi madre no llevó nunca ese nombre: una atroz injusticia le privó de él. ¡Oh! si eso hubiera sido lo único que le robó... Escucha su historia, amada mía, cuyo corazón es el único digno de comprenderla, tú á quien ella me ha enviado del cielo para reemplazarla en la tierra.



II La madre

Mi más lejano recuerdo me representa un día muy pequeño, sentado á los pies de mi madre, que era una joven alta, de maravillosa hermosura, con largos y rasgados ojos negros ...

—¡Como los tuyos! —murmuró Rosa con acento que revelaba una inmensa pasión, y pasando sus lindos dedos por las largas pestañas de Hernán.

—Con una boca —continuó éste— pequeña y de labios encarnados, por los que sin cesar erraba una dulce y melancólica sonrisa, dejando ver dos iguales filas de dientes de un blanco de nieve azulado. Su hermosa frente, de la que descendían cuatro trenzas de cabellos, tan largos que descansaban en el suelo, estaba adornada de una banda de púrpura, única insignia, con que la veneración fanática del pueblo distingue á las hijas de los antiguos reyes del Perú.

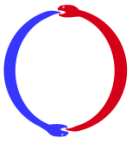
Nos hallábamos en el Cuzco, en una casita cuyos muros habían pertenecido á construcciones anteriores á la conquista. El sol brillaba en un cielo sin nubes, y uno de sus rayos, pasando por una ventana, venia á morir á nuestros pies.

Mi madre hilaba con aire triste y meditabundo, interrumpiéndose sólo para bajar su mano sobre mi frente y acariciarme. Yo jugaba recostado en su rodilla, ya con su rueca cuyo curso detenía, ya con los átomos del sol que perseguía procurando encerrarlos en mi mano.

—¡María! ¡hija mía! ¿estás ahí? —preguntó una voz cascada desde la puerta.

—Entrad, cacique —respondió mi madre levantándose para recibir á un anciano indio, de cabellos blancos y rostro venerable,— venid, mi buen padre adoptivo. Mi corazón está hoy muy triste. El anciano miró á mi madre con dolorosa ternura.

—Sí, muy triste —repitió ella, contestando á esa mirada.— Funestos presagios me anuncian una desgracia. ¿Cuál? ¡lo ignoro! Anoche mismo un sueño extraño y angustioso me ha llenado de terror. ¡Oh, vos, á quien Dios revela su misterioso sentido, escuchad y decidme lo que debo temer! Me hallaba con mi hijo sobre mis rodillas en un jardín delicioso, tan bello, que en comparación suya nuestras fértiles quebradas son áridos desiertos. Me rodeaban árboles de toda especie, cargados de hermosos frutos; innumerables, variadas y bellísimas flores me embriagaban con su penetrante aroma; y, sin embargo de que todo allí respiraba alegría, yo estaba triste, y una dolorosa inquietud me hacía estrechar á mi hijo contra mi corazón. De repente vi delante de mí un hombre de formas colosales, un gigante vestido



de verdes juncos, y cuyas facciones, ¡cosa extraña! tenían la movilidad de la imagen que vemos reflejarse en el agua agitada.

—¡El mar! —murmuró el indio.

—El espanto que me causó aquella aparición produjo en mi un efecto inaudito. Mis miembros se entorpecieron, mi lengua, como clavada al paladar, no pudo articular ni un solo grito, y de todo mi ser material, mis ojos solos quedaron con vida, mis ojos que vieron al gigante aprovechándose de mi postración, tomar á mi hijo por el cuello, arrancarle de mis brazos á pesar de sus gritos, y alejarse con él hacia una llanura sin límites, donde desapareció.

—¡El mar! —repitió el cacique.

—El dolor que desgarró mi corazón me despertó. Mi cuerpo, agitado de horribles convulsiones, estaba cubierto de un sudor helado; mis sienas latían como si fueran á romperse; pero abriendo mis ojos vi á mi hijo dormido en mis brazos, abracélo estrechamente, y todos mis terrores se disiparon, reemplazándolos un gozo inmenso, imposible de ser comprendido sino por una madre que haya perdido á su hijo. Y, tomándome en sus brazos, me llenó de besos y de lágrimas.

El anciano, después de haber quedado largo rato pensativo, preguntó con inquietud á mi madre:

—¿Dónde está él ahora?

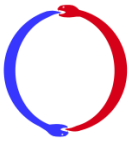
—Fue —respondió ella— á desempeñar en Buenos Aires una de las misiones con que vino á América, y han pasado dos años sin que yo tenga noticias tuyas. ¡Ay! padre mío, ¿es de mi amado Fernando, de mi bello conde de Camporreal, de quien me hablan mis funestos sueños y esos mil incidentes de mal agüero que se multiplicaban en torno mio?

—¿Conque amas mucho á ese español? —preguntó el indio con amargura.

—¡Si, le amo! —respondió mi madre con acento apasionado.— Mi corazón, mi alma, todo mi ser le pertenece; y para aumentar su felicidad habría querido que Dios doblara cada una de sus facultades.

El indio fijó en mi madre una mirada de tierna y dolorosa compasión, murmurando tristemente... ¡Ella también, como sus abuelos, debía caer en los lazos que esa raza impía tiende á nuestros sencillos y afectuosos corazones!

En vano sería, desventurada hija del Cuzco, que yo te descubriese el sombrío porvenir que leo en este momento sobre tu frente y la de tu hijo, porque nadie puede huir de su destino, y además, la voz del amor, dulce y sonora, cubriría la voz trémula, aunque inspirada, del anciano. Pero es necesario interponer tu conciencia entre nuestro secreto y la debilidad apasionada de un corazón de mujer.



El cacique se levantó, y dirigiéndose á mi madre con ademán majestuoso y voz solemne —nieta de Atahualpa, exclamó: —¿juras sobre la cabeza de tu hijo, y por la sangre de tu abuelo, que ni el amor, ni el odio, ni las caricias, ni las torturas podrán forzar tu labio á descubrir á nuestros tiranos el secreto que tu padre te legó en su lecho de muerte?

—¡Lo juro! —respondió ella con acento firme, pasando una mano sobre mi cabeza y extendiendo la otra hacia el sol.— ¡Oh! padre mío, aquella que sentada sobre los inmensos tesoros de nuestros antepasados, ha titulado de frío y languidecido de hambre y de fatiga para que la pequeña partícula de oro que debía fortalecerla no fuera al poder de los que nos han desheredado, no necesita de juramentos para callar.

La severa majestad del cacique desapareció de sus ojos; lágrimas paternales rodaron en ellos.

—¡Lo sé, hija mía! —respondió— pero la voz del amor es más poderosa que el hambre, el frío y la fatiga. ¡He cumplido mi deber! Y fijando en el vacío una mirada profunda que parecía penetrar la inmensidad del porvenir exclamó:— ¡Vendrá un día en que la ciencia de los hombres descubra esos tesoros, pero entonces ellos serán libres é iguales, y los harán servir á la dicha de la humanidad. El reinado de las preocupaciones y del despotismo habrá pasado, y el genio sólo dominará el mundo, ya erija por solio la frente de un europeo, ya la de un indio. Entre tanto, hija mía, cúmplase en ti lo que Dios ha dispuesto —dijo,— y llevándose á sus ojos su mano seca y arrugada para enjugar una lágrima que corría por su mejilla venerable, se alejó con paso lento.

Mi madre quedó largo tiempo inmóvil, con la frente apoyada en mi cabeza.

Un ruido de pasos precipitados la distrajo de la profunda meditación en que la dejaron las palabras del anciano. Un caballero alto y apuesto, de rostro hermoso é imponente, entró haciendo resonar sus espuelas en el umbral de nuestra puerta.

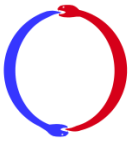
—¡Camporreal! —exclamó mi madre corriendo conmigo en los brazos á arrojarse en los del extranjero.

—¡María! —respondió él estrechándonos á ambos contra su pecho adornado de cruces.— ¿Es éste mi hijo?

—¡Nuestro hijo! —dijo ella con acento tímido.

—¡Oh! ¡qué bello es mi hijo! —continuó él sin advertir, al parecer, la rectificación de la pobre madre; y tomándome en sus brazos, á pesar de mi esquiva resistencia, me dijo con gran volubilidad:

—Hernán, querido mío, serás un arrogante gentilhombre de cámara algún día. ¡Las reinas te disputarán á sus damas! Entretanto, es necesario que vengas conmigo á Lima.

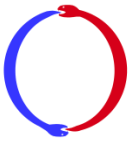


—¡A Lima! —exclamó mi madre, que á las primeras palabras del conde había sentido helarse el gozo en su corazón y se había alejado con los ojos bajos y la frente inclinada:— ¡Ah, Fernando! ¡no era eso lo que me habías prometido! ¿Un caballero español falta así á su palabra?

—María—respondió el conde, —las promesas que se hacen á una mujer, sobre todo á la madre de nuestro hijo, no son como las que median entre los hombres: se hallan en la línea de aquellas que nos hacemos á nosotros mismos, están sujetas á circunstancias imprevistas; y si me amáis, y amáis á vuestro hijo, debéis comprender que ni él ni yo podemos encerrar nuestro destino en el círculo estrecho de un país perdido entre desiertos, sólo porque un día os hice una necia promesa. Por lo demás —añadió en tono resuelto,— mi hijo y vos, si queréis, partiréis mañana conmigo. ¡Adiós!

Mi madre no exhaló su dolor en quejas y exclamaciones: como todas las almas tiernas, le reconcentró todo en su corazón. Cerró su casa, hizo en la puerta una cruz en señal de despedida, y conmigo en los brazos, fué á pasar el día entero sobre las alturas que dominan la ciudad, repitiendo entre lágrimas silenciosas estas palabras que el cacique había dicho en la mañana: «el amor es más fuerte que todo!» Y, como la hija de Jephte, miraba desde la cima de los montes la patria, que iba á dejar y la lloraba.

Partimos.



III El rapto

Al llegar á Lima, el pesar, la fatiga, y quizá tristes presentimientos, que se alzaban en el corazón de mi madre, le causaron una violenta enfermedad. Una fiebre ardiente se apoderó de ella, un delirio terrible extravió su razón creciendo hasta el frenesí cuando me alejaban un momento de su lado. Su sueño del Cuzco se le representaba incesantemente causándole espantosos terrores. Entonces me estrechaba contra su pecho hasta ahogarme, dando furiosos gritos, á los que sucedía una postración mortal.

Una noche que había caído en ese entorpecimiento letárgico, del que sólo sus ojos no participaban, velando abiertos y atentos como dos centinelas, yo estaba acostado á su lado y posaba mis manos frescas sobre su frente ardiente. El silencio que reinaba en torno nuestro y la inmovilidad de mi actitud, comenzaban á adormecerme, cuando vi abrirse la puerta y entrar un hombre alto, envuelto en una larga capa negra, y con el sombrero caído sobre su frente.

A su vista, los grandes ojos de mi madre se dilataron más todavía; sus miembros inertes se estremecieron con una violenta convulsión; sus labios se agitaron en un esfuerzo de suprema angustia, y su lengua, rompiendo las ligaduras de acero que la sujetaban, articuló con un acento que nunca olvidaré:

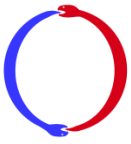
¡¡El gigante!!

Yo dí un agudo grito, abrazándome estrechamente de su cuello; pero acercándose el embozado, puso una mano sobre mi boca, y separando con la otra los brazos tiesos é inanimados que rodeaban mi cuerpo, me arrebató como á un pobre pajarillo á quien roban de su nido; y en volviéndome en los pliegues de su capa, se alejó conmigo.

Después de inútiles esfuerzos para desprenderme de las manos que me retenían, la rabia, el dolor y el miedo me hicieron perder el conocimiento.

Cuando volví en mí me hallé solo, en un cuarto estrecho y bajo, acostado en un lecho de forma extraña.

Un movimiento lento y uniforme hacia oscilar todos los objetos que me rodeaban; un ruido sordo, semejante á la caída lejana de un torrente, era lo único que interrumpía el profundo silencio que reinaba en aquella especie de sepulcro, en cuya bóveda agonizaba un farol ante la luz del día que comenzaba á venir.



Mi primer pensamiento fué para el miedo: el segundo para mi madre. Y llamándola con voz lamentable, salté trabajosamente del lecho; corrí por todos lados buscando una puerta que no había, vi una escalera en el extremo del cuarto y la subí precipitadamente.

¡Que espectáculo para mí, pobre niño, cuyos pies no habían traspasado el radio que abruzaba la mirada de mi madre!

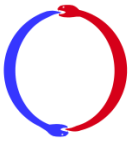
La tierra de los vivientes había desaparecido con sus montañas y sus prados, sus árboles y sus poblaciones. Una inmensa llanura azul se extendía ante mis ojos atónitos, perdiéndose entre las densas nieblas del cielo.

¡Oh! nunca olvidaré la horrible pena que despedazó mi corazón en ese momento. El alma del niño siente más hondamente el dolor que la del hombre, porque carece de la razón, esa ruda consoladora, que no pudiendo arrancar el dolor, lo hiela en nuestro corazón.

Volví mis miradas del horizonte á los objetos que me rodeaban.

El conde de Camporreal, mi padre, estaba delante de mí. A mis gritos desesperados contestaba él con caricias, pintándome la dicha de que iba á gozar en España, hacia la cual navegábamos. Pero ¡oh, si el alma del conde era susceptible de remordimientos, por grande que fuera el crimen que cometió arrebatando á un hijo de los brazos moribundos de su madre, mayor fué todavía su castigo! A cada nombre tierno que me daba, respondía yo con el de mi madre, y me deshacía en llanto. Después del llanto vino un pesar sombrío y silencioso, acompañado de un sentimiento de repulsión hacia mi padre, que no han podido vencer después ni los años ni la razón.

Desembarcamos en Cádiz, y al llegar á Madrid mi padre me colocó en un colegio. Allí pasé tres años tan tristes, tan pálidos que nunca quiero recordarlos, pues me hacen el efecto de una pesadilla. Mi vida exterior no se componía de juegos y de alegrías como la de los otros niños: la había consagrado toda al estudio, en el que hacia progresos asombrosos; progresos que no excitaban la envidia de mis compañeros, como sucede ordinariamente, porque no viendo en mí ni gozo ni orgullo por mis triunfos, me los perdonaban. Pero yo me sentía tan indiferente á su benevolencia, como lo habría sido á su hostilidad. Un solo sentimiento velaba en mi corazón bajo la forma de un dolor: ¡el recuerdo de mi madre! Desde que el sueño cerraba mis ojos volvía á ver la horrible escena que nos separó, y sentía crecer á pesar mío, ese sentimiento de miedo rencoroso que mi padre había hecho nacer en mí. Así, cuando él venía á verme, ó yo iba á su palacio, el momento más agradable para mí era el de la despedida. El lo conocía: ¡cuántas nubes de pesar y de despecho vi pasar sobre su frente! Y sin em-



bargo, pensando en el dolor de mi madre; representándomela sola, abandonada y llamando en vano á su hijo, sentía una satisfacción amarga y punzante del que yo le causaba á él.

Un día que sentado en el jardín procuraba sonreír á los juegos de mis compañeros que saltaban en torno mío, vi venir por las sombrías calles de árboles una mujer de estatura esbelta, y el rostro cubierto con un largo velo. Parecía agitada de una conmoción profunda, y su pie, veloz como el de una sombra, no parecía tocar la tierra. Al llegar al sitio en que nos hallábamos paseó sobre nosotros una mirada rápida, y arrojando hacia atrás su velo, corrió á arrodillarse delante de mí, abrazándome estrechamente, y exclamando en la dulce y cariñosa lengua de mi madre:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡he hallado á mi hijo!

¡Era ella! ¡era mi madre, que, abandonada, sola y moribunda en Lima, había hallado bastante fortaleza en su amor maternal para triunfar del abandono, del aislamiento y de la muerte, y atravesando distancias inmensurables, y peligros infinitos para venir á ver á su hijo, estaba en aquel momento delante de mí de rodillas, llorando y riendo á la vez, abrazándome convulsivamente y apartándome de sus brazos para contemplarme, repitiendo siempre o n una voz llena de lágrimas:

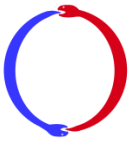
—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡he recobrado á mi hijo!

Cuando calmados los primeros transportes de mi gozo, pude contemplar á mi madre, me asombraron los estragos que el dolor había hecho en ella. De aquella belleza maravillosa que encantaba á cuantos la miraban, y que bacía que se la llamase Mama Ocllo, sólo habían quedado sus largos y negros cabellos, y sus ojos que, hundiéndose en sus órbitas, habíanse vuelto más grandes, embelleciéndose con ese tinte sombrío que deja para siempre el dolor.

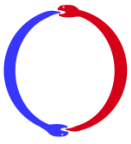
Pero yo era muy niño para adivinar nada de funesto en el demudado rostro de mi madre, y enteramente entregado á la dicha de verla, de acariciarla, de escuchar el sonido de su voz y de recoger cada una de sus dulces palabras, no advertía que cada día traía más palidez en su frente y languidez á sus ojos; que su voz se apagaba como si se alejara hacia otro mundo, y que sus palabras, cada vez más tristes, adquirirían esa solemnidad del último adiós de un moribundo.

Un día vino al colegio, y después de haber hablado largo rato á solas con el rector, me llevó aparte.

—Hernán, amado hijo mío —me dijo,— hoy cumples diez años; y cuando se ha sufrido como nosotros, en esta edad comienza á madurar la



razón. Además —continuó con voz conmovida,— yo no tengo tiempo para esperar á que la tuya se fortalezca, y es necesario que me apresure á depositar en tu pecho el secreto que mi padre legó al mío, así como mi abuelo se lo había legado á él. Escucha atentamente lo que voy á decirte; querido mío, y graba en tu memoria cada una de sus palabras.



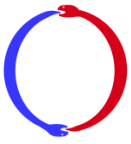
IV

La ciudad subterránea

Velaba yo á mi padre moribundo en nuestra casa del Cuzco. Era de noche. Profundo silencio reinaba en nuestra pobre morada; ningún sacerdote había querido abandonar las delicias del sueño para traer una palabra de consuelo á aquél que iba á dejar la tierra. Yo sola oraba llorando de rodillas á la cabecera del lecho de muerte, y á mis gemidos sólo respondía el silbido del viento de la noche que gemía también entre la paja de nuestro techo.

De repente, el rostro de mi padre, ya desencajado é inmóvil, pareció reanimarse por un supremo esfuerzo de voluntad; sus ojos brillaron con ese último resplandor de la vida que se apaga, y fijando en mí una mirada profunda. —Hija mía —exclamó,— siento que el frío de la muerte invade mi cuerpo; y es necesario antes que llegue á mi corazón que te revele un secreto conocido sólo á los descendientes de los incas, y transmitido del padre al hijo en esta hora suprema. Yo habría querido depositarlo en un pecho fuerte, capaz de resistir su inmenso peso; pero Dios que te me ha dado por única heredera, te prestará, hija mía, la fortaleza necesaria para guardarlo. Escucha.

Cuando los opresores de nuestra desgraciada patria la invadieron, trayendo ante sí el hierro y el fuego, sus sencillos hijos creyeron aplacar su furor poniendo á sus pies montes del funesto metal que codiciaban; pero muy luego conocieron que la feroz avaricia de aquellos hombres crecía con los tesoros que conquistaban, como crece el hambre del tigre con el número de presas que devora. Entonces los habitantes del interior, no habiendo sido sorprendidos como los de las costas, ocultaron todo el oro que poseían, sirviéndoles para ello los inmensos subterráneos que la prudencia de nuestros padres, abrió bajo cada una de nuestras poblaciones, ¿Ves, hija mía, que nuestra ciudad es grande? Pues de igual dimensión es la ciudad subterránea que está á sus pies. ¿Ves cuántos millares de habitantes, se agitan en las calles y plazas de la una? Pues mayor es el número de estatuas de oro que están guardadas en las tenebrosas galerías de la otra. Allí reposan tesoros tan inmensos que si los alumbrara el sol, su brillo solo sería bastante para alumbrar el mundo. Este vasto receptáculo de riquezas tenía cien puertas, cuyas llaves y secreto poseían ciento de los más cercanos descendientes de nuestros reyes. Cada uno al morir los legaba á su hijo primogénito; y cuando el muerto no tenía sucesión, la llave era arrojada al lago que se halla en el centro del subterráneo, y la puerta cerrada. ¡Ay! de las cien llaves, noventa y ocho yacen en el fondo de las aguas; y dentro de pocos instantes, las dos que restan se hallarán, una en las manos trémulas de un anciano, la otra en las débiles de una niña. Hija mía —continuó, con una voz que se apagaba por instantes,— tú has visto que he vivido en la miseria y las privaciones, encargando nuestra subsistencia al trabajo de mis manos, al sudor de mi frente, sin que ni aun tus sufrimientos ni los de tu



pobre madre, me hayan inspirado jamás siquiera el pensamiento de extraer un solo grano de ese oro destinado á restablecer el trono de nuestros padres, y la antigua gloria de nuestra patria. Imítame, pues, amada María. En nombre de esa patria te pido que trabajes tú, también: que seas sobria y fuerte, y que cuando seas madre enseñes á tus hijos esas dos tan grandes, y para nosotros tan necesarias virtudes.

Entonces, su mano desfallecida desprendió de su cuello un cordón del que pendía una llave de forma extraña.

—Hija mía —me dijo,— escóndela en tu pecho y el secreto en el fondo de tu corazón. Confía sólo en aquél que te muestre la otra... Y ahora, pobre huérfana, acerca tu frente para que la bese y te bendiga.

Yo me arrojé llorando sobre la mano, ya fría de mí padre, mientras él extendía la otra sobre mi cabeza para bendecirme.

Cuando alcé los ojos, espantada del largo silencio que se había hecho en torno mío, el rostro de mi padre estaba inmóvil y su mirada fija en el vacío, habíase vuelto turbia y vidriosa. Mientras yo besaba su mano, él había expirado.

Al otro lado del lecho estaba de rodillas y orando un anciano cacique amigo suyo, venerado entre los indios como un profeta cuyos oráculos eran infalibles.

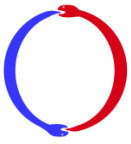
Hija mía —me dijo acercándose á mí,— ¿reconoces este objeto? Y descubriendo su pecho me mostró una llave en todo semejante á la que mi padre me había dado. Yo se la presenté en silencio. —Está bien, hija mía —dijo él.— Ahora es necesario hacer á tu padre los últimos deberes llevando sus restos al lado de tu madre.

—¡Ay! —respondí llorando,— yo ignoro donde fue sepultada mi pobre madre. Jamás quiso decírmelo mi padre por más que yo deseaba ir á orar sobre su tumba.

—Luego lo sabrás —replicó él.

Y cerrando piadosamente los ojos á su amigo, sentóse á mi lado para velar su cadáver.

En la noche siguiente, al sonar la última campanada de media noche, el cacique se levantó con ademán solemne, cerró todas las puertas exteriores; y acercándose al cadáver que yacía expuesto sobre su lecho, alzólo en sus brazos con todos los lienzos en que estaba acostado, quedando desnudo el lecho de tierra endurecida, en cuyo centro me mandó hacer una excavación hasta descubrir una pequeña puerta que me ordenó abrir con mi llave. Obedecí, y apenas dió ésta una vuelta en la cerradura, la puerta



se abrió hacia afuera descubriendo un profundo subterráneo, en cuyas sombras iba á perderse una larga escalera de piedra.

El anciano apagó los cirios que habían ardido ante el cadáver, menos uno que me mandó descender al subterráneo, siguiéndome él con su lúgubre carga.

Mi trémulo pie había contado cincuenta escalones, cuando un espectáculo extraño vino á herir mis ojos. La luz de mi hachón en vez de perderse entre aquellas tinieblas, parecía reflejar en objetos que la centuplicaban. Volvíme llena de miedo hacia mi compañero, pero él me hizo seña de continuar mi camino. Mientras más descendía, más vivos se hacían los resplandores que nos enviaba el fondo del subterráneo.

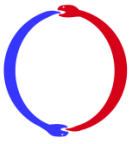
Toqué en fin la centésima piedra de la escalera. Entonces una visión maravillosa me deslumbró obligándome á apoyarme en el hombro del cacique.

Mis pies descansaban sobre masas enormes de oro que cubrían el suelo y las paredes de una inmensa galería prolongada en círculos interminables. Allí estaba amontonado el oro labrado en estatuas, altares, ídolos, vasos, frutos, flores, y el oro en su ser primitivo en anchas pepas y enormes trozos.

Yo me había detenido y contemplaba absorta el cuadro mágico que tenía á la vista; pero el anciano, impasible ante aquellas maravillas, marchó llevándome delante. Caminamos algún tiempo por aquella vía resplandeciente; y luego volviendo sobre la izquierda entramos en una vasta cueva. Allí vino á mezclarse el terror á mi admiración. A lo largo de aquella cueva extendíanse dos hileras de nichos de oro, y prolongándose hasta el fondo, concluían al pie de un ancho trono del mismo metal. El trono y casi todos los nichos estaban ocupados por cadáveres que parecían haber vivido la víspera, adornados los unos de brillantes vestiduras, cubiertos los otros con los harapos de nuestra actual miseria. El cacique se acercó á uno de los nichos vacíos y colocó en él á mi padre; y sin permitir que me arrodillase para besar sus pies, me llevó de la mano hasta la última grada del trono.

—Descendiente de Manco—Capac —me dijo,— saluda á tu abuelo.

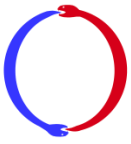
Los ecos del subterráneo repitieron mil veces las palabras del anciano, cual si las voces de todos aquellos me intimaran esa orden. Prosterneéme temblando y mi labio tocó el pie del ilustre muerto. Entonces el cacique me presentó á todos nuestros antiguos reyes que reunidos allí, dormían el sueño eterno, desde el hijo del sol, hasta el desventurado Atahualpa, cuyos sagrados restos recogidos secretamente por los indios, y depositados en el sepulcro de sus padres, terminaban aquella larga línea de



grandezas aniquiladas. Después de los monarcas, veíanse á sus descendientes, formando un triste contraste sus miserables andrajos con los resplandecientes sarcófagos en que yacían.

Al volver sobre nuestros pasos, en el nicho cercano al que ocupaba mi padre, reconocí el cadáver de mi madre, tan poco desfigurado por los largos años de sepulcro, como el día en que, niña aún, la vi expirar en mis brazos. Su vista renovó en mí el dolor de aquella doble pérdida; pero el anciano secó mis lágrimas con una severa mirada. Hija mía —me dijo,— tú y yo somos ahora los únicos guardianes de las reliquias de nuestros reyes y de sus inmensos tesoros. Para cumplir nuestra misión necesitamos valor; y tú comienzas, haciendo á sus augustas sombras, testigos de tu debilidad. Las lágrimas no son para seres cuyo destino es excepcional como el tuyo. Las últimas palabras de aquellos que lloras te han recomendado la fortaleza. Obedéceles, pues, y sé fuerte contra el dolor para serlo después contra la miseria y la persecución.

En seguida tomó mi brazo y me llevó fuera del subterráneo, cubriéndole con la misma capa de tierra.



V

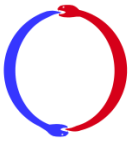
La maldición y la promesa

Cuando, ocho años después, te vi arrebatar de mis brazos, en aquella noche funesta, el exceso de mi dolor produjo una crisis que me salvó.

Entonces tuve miedo de entregarme á la desesperación que me habría conducido á la muerte, privándote de la vigilancia del amor maternal, ese genio de alas de fuego, tan poderoso que vuela de un polo á otro para llevar un socorro, ó una caricia, sin que puedan detenerlo ni los mares, ni los desiertos. Quise vivir para volver á verte, y pensé estremeciéndome de gozo y terror, que tenía un medio seguro, aunque terrible, de conseguirlo, ¡desobedecer la última voluntad de mi padre!

Volvime á pie y sola por aquel mismo camino que pocos días antes me había visto traerte en mis brazos. ¡Oh, cuánto sufrí! Cada piedra, cada accidente del terreno despertaba en mi corazón recuerdos que lo desgarraban. Bajo de esta roca me había detenido para que reposaras; sobre esa piedra me había sentado para dormirte; en aquella fuente apagué tu sed. ¡Oh! ¡cuántas veces abrumada con tan dolorosas memorias pensé en la muerte, que da fin á todo! ¡cuántas veces, pasando al borde de los precipicios, mi cuerpo se inclinó y mi pie se extendió sobre el vacío! Pero tu imagen se me aparecía siempre como un ángel de guarda para salvarme, tu imagen llenaba mi corazón, ocupaba mi alma absorbía mi pensamiento, y me hacía insensible á todo lo que no eras tú. El amor maternal es una antorcha mágica cuya llama eclipsa para la madre todas las luces de la creación, para brillar ella sola en su horizonte.

Al llegar al Cuzco fui á encerrarme en mi casa abandonada; y rechazando el pánico terror que me asaltaba, levanté la gran capa de tierra que cubría la puerta del subterráneo y la abrí. Una ráfaga de aire húmedo y frío, vino á azotar mi rostro, y me hizo retroceder espantada, pareciéndome que la mano helada de aquél cuya voluntad iba á desafiar me rechazaba, amenazándome con su maldición. Conocí que se debilitaba la fuerza que me había conducido allí, y, como siempre, llamé en mi auxilio tu memoria, hijo mío: te me representé como en esa terrible noche, llorando, con los brazos tendidos hacia mí, llamándome en vano, y mis temores y remordimientos se desvanecieron. Descendí con pie seguro la húmeda escalera, y corriendo á la galería sepulcral, fui á prosternarme ante las cenizas de mis padres. ¡Oh, tú que me legaste la guarda de estos tesoros! —exclamé,— tú sabes cuán religiosamente he obedecido tus últimas voluntades; tú sabes que he vivido pobre y obscura cubriendo de harapos mi juventud y belleza, cuando el amor me pedía que me elevara por medio del brillo de las riquezas á la altura del objeto que lo hizo nacer en mi corazón. La huérfana ha sufrido pacientemente el aislamiento y la miseria; la amante ha sobrellevado en silencio su humillación: pero ¡oh! ¡padre mío, la madre no



puede resignarse á perder su hijo, y yo quiero recobrar el mío! ¡Tened piedad de la pobre madre! permitid que lleve conmigo un poco de ese oro que vence lo imposible, que debe restituirme mi hijo, y que será para esos inmensos tesoros, lo que una gota de agua es para el Océano. Pero si no os apiadáis de mi dolor, si sois inexorable, ¡padre! ¡caiga vuestra maldición sobre mí, pues no puedo obedeceros!

Los ecos repitieron en todos los ámbitos del subterráneo: ¡Maldición! ¡maldición! Mas yo escuché impasible aquellas voces siniestras, alcéme con resolución, tomé el oro necesario á mis designios, y saliendo del subterráneo y de la ciudad sin tomar ningún descanso, comencé la larga peregrinación que me ha conducido cerca de tí. Pero la maldición paternal me ha seguido, pesa sobre mi cabeza, y como el fuego del cielo, consume mi existencia.

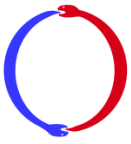
—Hernán, amado hijo mío, ¡prométeme que mi crimen no será estéril; prométeme redimirlo con el bien que tú harás á nuestra nación!

—¡Hablad! ¡mandad, madre mía! —exclamé regando con lágrimas los pies de mi madre.

—Escucha, hijo mío —dijo ella haciéndome sentar sobre sus rodillas... — Las profecías de nuestro país nos prometen un libertador que, habiendo vivido largo tiempo entre nuestros enemigos y aprendido de ellos la ciencia de las conquistas, romperá las cadenas de nuestra patria, y la dará mayor gloria y felicidad. Prométeme que tú serás ese libertador, y que para redimir á nuestros hermanos no emplearás el odio que pida la sangre de sus amos, sino la ilustración que los haga sus iguales, la ilustración, el más sublime y seguro medio de libertar los pueblos. Ve, hijo mío, pues nada te liga ya á este suelo; porque tu padre, temiendo sin duda que la pobre india que confió en su fe, hiciera valer los derechos de su hijo, se ha apresurado á dar su mano á otra, cuyos hijos serán dueños de tu nombre y de tus títulos.

Estas últimas palabras de mi madre pasaron casi desapercibidas para mí, pues las primeras habían despertado en mi corazón una fibra que hasta entonces no había palpitado. Apoderóse de mí un extraño entusiasmo; una radiante visión atravesó mi mente. Parecióme ver al hombre de las profecías rodeado de una aureola resplandeciente, blandiendo con una mano una espada de fuego y arrojando con la otra en el abismo los signos de la esclavitud. Y con el corazón lleno de ardiente fe, hice á mi madre el juramento que me pedía.

Ella me abrazó muchas veces llorando; y habiendo desprendido de su pecho el cordón con la llave hereditaria, la colocó en el mío diciéndome: —¡Gracias! Hijo mío, gracias. Cuando regreses á la patria, no vuelvas solo: lleva contigo lo que reste de tu madre: no la dejes en la tierra extranjera.



Si el sol del destierro no tiene calor para los vivos, ¿cómo podría calentar las tumbas?...

Vinieron á interrumpirla. Era ya de noche é iban á cerrar las puertas.

Mi madre oyó ese anuncio con profundo dolor. Estrechóme largo tiempo entre sus brazos murmurando en voz baja palabras extrañas: su última plegaria quizá; y alzando sus manos sobre mi cabeza. —¡Padre! — exclamó con voz ahogada. — ¡Padre que estás en los cielos, á ti lo confío!

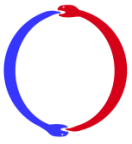
Y desapareció.

¡No volví á verla más! ¡Había venido en la agonía á darme su último adiós!...

Diez años he consagrado á la ciencia para cumplir su última voluntad; y á los veinte de mi edad, venia con el corazón vacío de todo otro sentimiento que la memoria de mi madre, á cumplir la doble misión que me había dado; sepultar sus restos bajo el cielo de la patria, y libertar á mis hermanos, sacándolos del abismo de ignorancia en que por un odioso cálculo, los hunden cada día más sus tiranos. Pero mi madre me amaba mucho para hacerme esperar largo tiempo el premio de mí obediencia y te me ha enviado á tí, ángel del cielo, para encantar la vida de su hijo, y que cuando éste haya cumplido sus designios y cubiertos de gloria ante su pueblo y la España, seas tú su recompensa.

Un silbido prolongado interrumpió á Hernán.

—¡Dios mío! —exclamó Rosa— es Francisca, mi esclava favorita, la depositaria de nuestro secreto que me anuncia que mi padre se ha levantado ya. ¡La hora de la separación ha llegado! ¡pero antes de alejarte, Hernán mío, perdona la injusticia con que he juzgado tu noble corazón! ¡Oh! si Dios quiere que vuelva á verte y que sea tuya, como tú lo esperas, ¡cuántos tesoros de amor hallarás en mi corazón para indemnizar al tuyo de su pasado aislamiento! Yo seré tu amiga, tu hermana, tu madre, tu amante, tu esclava. Pero ¡ay! no sé qué sombrío presentimiento vela para mí el porvenir con un sudario, al través del cual sólo entreveo las sombras de la muerte; no sé qué voz siniestra se alza en mi alma gritando: «¡Es necesario que uno de vosotros dos caiga! ¡Elige!» ¡Oh! sea yo, sea yo la que muera! yo, pobre flor de un día, cuya existencia es inútil en la tierra, y vive tú para realizar tus sublimes designios... y también para llorarme. ¡Oh! si como tu madre pudiera dormir mi último sueño cerca de tí! ¡Hernán! ¡dime que si mis presentimientos no me engañan, llevarás el despojo de la que amaste á cualquier sitio que habites; júrame identificarme con tu existencia, aunque la muerte haya arrebatado mi alma, y no sepultarme en esa tierra tan húmeda y fría, donde no podrá llegar tu mirada!



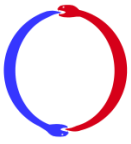
Hernán pasó sus brazos al través de la reja y atrajo hacia sí á su amada.

—¡Rosa mía! —la dijo— el dolor te extravía. Cesa de atormentar tu corazón y de despedazar el mío con tan lúgubres pensamientos. ¡Mira tu rostro radiante de juventud y belleza; mira tus ojos tan llenos de encanto y de vida; siente como tu pecho palpita de savia y de amor, y dime si es posible que la muerte se acerque á ti! ¡Ah! déjame más bien embriagarme, en este corto instante que me queda para contemplarte con la dulce idea de volver pronto ilustre, poderoso y digno, en fin, de ti, para obtener del orgullo el corazón que tu amor me ha dado. La voluntad del hombre es todopoderosa, y mientras tú me ames, ella realizará todo lo que yo la ordene. Y ahora, amada mía, ¿no concederás á tu prometido el primer favor de la esposa, para que saboree esa dicha en la amargura de la ausencia?

Los labios rojos y voluptuosos de la virgen se posaron al través de la reja sobre la boca ardorosa y anhelante del joven, y un largo y ardiente beso abrasó con su fuego la atmósfera que circundaba á los dos amantes.

Al mismo tiempo, el silbido se repitió más fuerte y prolongado.

Un momento después, la calle se hallaba enteramente solitaria, y sobre la ventana cerrada sólo se oían los gorgoros de las palomas de Santa Rosa, que saludaban los primeros destellos de la aurora.



VI La esclava

Seis meses después de la escena que acabamos de describir, en una noche semejante á la primera, un hombre, también embozado, se detuvo delante de la misma reja. Como el otro paseó también sus dedos sobre la celosía; pero cuando ésta se abrió á aquel llamamiento, en vez del blanco, suave y adorable rostro de Rosa, la amante y bellísima novia de aquel afortunado Hernán de Camporreal, se vieron brillar, rodeados de tinieblas, los ojos ardientes y los dientes blancos de una negra.

Como la blanca aparición de otro tiempo ésta, también inclinándose sobre la ventana, preguntó á media voz:

—Señor de Ramírez, ¿estáis ahí?

—Sí, Francisca. He venido á cumplir mi promesa, pues tu estratagemata ha tenido un resultado superior á mis esperanzas.

—¿Qué decis, mi amo?

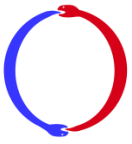
—La falta de las cartas que has interceptado, tenía lleno de dolorosa inquietud el corazón del amante de Rosa: me escribe el espía que tengo cerca de él; pero la que le has escrito contándole la historia de infidelidad que tan astutamente forjaste, ha cambiado esa inquietud en una desesperación tan terrible para él como saludable para mí.

—¿Se ha dado la muerte?

—Se ha hecho sacerdote.

—¿Sacerdote? Yo esperaba otro desenlace —pensó la negra,— pero tanto da. Yo no estaré aquí cuando ellos se las avendrán entre sí. Además, ese joven Camporreal no me inspiraba el odio que los otros blancos. Como á mí, algún grande dolor roía su corazón. Luego, dirigiéndose al embozado: En fin, mi amo —le dijo,— he hecho no sólo todo cuanto me habéis mandado, sino todo lo que mi celo por vuestro servicio me ha inspirado; y ya conoceréis por lo costoso de mis sacrificios, si este celo es grande. Figuraos si ha sido necesaria una ilimitada adhesión por vos, para resolverme á llevar al corazón de mi bella y buena ama, el dolor más terrible que puede sentir el alma humana: la muerte del objeto amado. ¡Oh! ¿si al referirle esa lúgubre impostura la hubierais visto como yo?...

—¡Basta, Francisca, basta! ¡No me hables de su amor á ese hombre, porque me haces un mal horrible, y se lo harías á ella misma; pues sabes que, gracias á tu astucia, ha cedido al fin á la voluntad de su padre; va á ser mi esposa, y yo temería recordar con demasiada frecuencia que, si un ardido me ha dado su mano, su corazón es de otro quizá para siempre! ¡Oh! No quiero pensar en esto, porque haría sufrir mucho á esa mujer. Hablemos más bien de ti, Francisca. He aquí una muestra de mi agradecimiento — continuó desembozándose y presentando á la negra un inmenso bolsillo.— Con este oro podrás recobrar tu libertad y ser feliz donde quieras. Adiós.



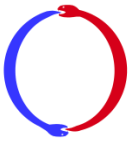
Y se alejó rápidamente.

La negra cerró la celosía, y estrechando convulsivamente contra su pecho el saco de oro, atravesó veloz los espaciosos salones, cruzó el patio, subió corriendo la escalera en espiral del mirador que coronaba el palacio, en cuyo último piso tenía su cuarto, y con los ojos dilatados y el pecho palpitante fué á caer de rodillas delante de una lamparilla que ardía en un rincón, desatando con mano trémula la cuerda que liaba su tesoro. ¡Diez!... ¡Veinte!... ¡Cincuenta!... ¡Ciento!... ¡Doscientas! ¡doscientas onzas de oro!

Sus ojos se cerraron como deslumbrados por el resplandor del oro, ó de alguna halagüeña visión. Luego extendió la mano sobre el dorado montón, y volvió á contar: ¡Diez !... ¡Veinte!... ¡Treinta!... ¡He ahí tu libertad, Zifa ó Francisca, como te llaman los blancos, desde que, haciéndote arrodillar en medio de tus doscientos compañeros encadenados, su sacerdote arrojó sobre tu frente ese nombre extraño que nada dice á tus recuerdos, quitándote el de Zifa, primera voz que tus hijos balbucearon en tus brazos!.

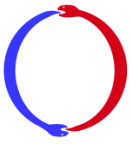
Levantóse precipitadamente, se abalanzó á una ventana, la abrió con violencia, y tendiendo sus brazos hacia un punto del inmenso horizonte que desde allí se descubría: —¡ Africa! —exclamó— ¡hermosa patria mía, que guardas en tu seno de fuego los dos únicos objetos de mi amor! voy á ser libre, y pronto podré besar tu amada ribera! ¡Aibar! ¡Leila! ¡hijos adorados! ¡mis hermosos pequeñitos gemelos! ¿Quién me hubiese dicho, cuando para ir á la fuente fatal de donde me arrebataron, os acosté dormidos en vuestra cama de mimbres á la sombra de las palmeras de nuestra cabaña, que tantas veces he visto en sueños: ¿quién me hubiese dicho que pasarían cinco años sin veros? Pero nuestra buena Fetiche se ha compadecido al fin de mi desesperación; va á restituiros vuestra madre, y dentro de poco tiempo, llevando como antes uno de vosotros en cada uno de mis brazos, iré á cantar nuestra felicidad á los ecos del desierto, que la repetirán en las cavernas, regocijando el corazón de los leones, menos feroces que los blancos que respondían á los gemidos desesperados de la madre con injurias y golpes, ahogando en su boca, por medio de la mordaza, aun el consuelo de pronunciar vuestros nombres.

Y los ojos de la negra, llenos de una expresión inefable de amor maternal, centellearon á estas palabras con un fuego sombrío; sus albos dientes se entrechocaron; hincháronse los músculos de su cuello; y con la mano extendida, semejante á un genio maléfico cirniéndose sobre aquel palacio y amenazándolo: —¡Blancos! —exclamó.— ¡Vosotros no tuvisteis piedad de mí; yo no la tengo de vosotros! Vosotros me arrebatasteis mi felicidad, yo la he rescatado vendiendo la vuestra. Por una madre restituida á sus hijos, dos amantes han sido hundidos en una inmensa desesperación, un padre, una esposa y un marido serán deshonorados... y... ¿quién sabe?... ¡Me



salvo y me vengo! ¡Salvarse y vengarse á la vez! ¡Cuánta dicha! ¡Libertad!
¡Venganza! yo os saludo. ¡Patria mía! ¡hijos míos! ¡hasta bien pronto!

Resonó en el aire un beso de fuego, y cerrándose bruscamente la
ventana, el palacio quedó sepultado en profundas tinieblas.



VII El regreso

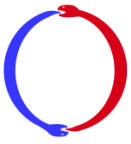
Era una mañana ardiente de enero. El sol reinando solo, en un cielo desierto y abrasado, enviaba sus rayos perpendiculares sobre la hermosa Lima que, destacándose graciosamente del delicioso oasis que la cerca, parecía mirar complacida á su radiante padre y sonreírle con coquetería.

En una de las últimas montañas que forman semicírculo en torno suyo, se había detenido á contemplarla un viajero.

Era un sacerdote joven y bello; pero en cuya frente había estampado el dolor su lúgubre huella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, fijaba en la mágica ciudad una mirada que expresaba á la vez, tristeza y resignación.

—¡Dios mío! —dijo elevando al cielo sus grandes y negros ojos,— ¡bendito seáis por haber permitido que al volver á ver estos sitios testigos de mis días felices, mi corazón haya permanecido fuerte, á pesar de la amargura de mis recuerdos! El amante engañado por su prometida, el corazón traicionado por un corazón que creyó tan puro y tan amante, recordó vuestro sublime llamamiento: «Venid á mi vosotros los que sufrís, que yo os consolaré»; corrió á refugiarse en vuestro seno, y vos habéis cumplido vuestra promesa, lo habéis consolado y fortalecido. ¡Acabad vuestra obra, Dios misericordioso! cerrad mi alma á todo lo que no seáis vos, y... ¡perdonad, Dios mío, esta súplica, en memoria de una vida entera de dolor, dignaos aproximar el término de mi camino, tan penoso, aunque corto; llamadme pronto á vuestro cielo, donde mi pobre madre me espera, hace tanto tiempo á los pies de la vuestra!

E inclinando la frente en señal de sumisión á la voluntad de Dios, descendió con lentitud la rápida pendiente de la montaña.



VIII Sacrilégio

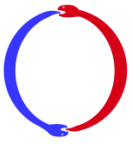
Los fieles acudían solícitos un domingo, en las primeras horas de la mañana, al sonido de las campanas que anunciaban la misa. El templo de Santo Domingo se hallaba ocupado por una inmensa concurrencia.

Allí se veían reunidas las más nobles y bellas señoras de Lima, vestidas todas de esa saya tan envidiada de las mujeres del resto de la tierra; medio cubierto el rostro con el misterioso y seductor manto, al través de cuyos pliegues como estrellas entre nubes, brillaban esos ojos que no tienen rivales en el mundo, y que deben conmover deliciosamente el corazón de Dios cuando se elevan hacia él en la oración.

Cerca de la primera grada del altar se hallaba de rodillas una mujer joven y de una belleza tan extraordinaria, que ninguna de las hermosuras que se hallaban en el templo podía comparársela. Pero su color de un blanco de ópalo era pulido como el de una muerta; sus rasgados y bellísimos ojos negros se alzaban al cielo con una expresión de dolor profundo y sin esperanza; su boca adorablemente linda, parecía conservar la huella de los sollozos que la habían contraído; y hasta su vestido de riguroso luto anunciaba uno de esos dolores inmensos, incurables, que se apoderan de nuestra existencia, estrechándola con su garra de fierro, y que no bastándonos el despedazar nuestro presente, extienden su ponzoñoso soplo, desde los más lejanos recuerdos de lo pasado, hasta la eternidad de nuestro porvenir.

Aquella mujer parecía absorta en una muda plegaria; y al verla con las manos juntas sobre su pecho, sus ojos fijos en el cielo y rodeados de un círculo azulado, se la habría creído la estatua de María al pie de la cruz. De repente sus labios se agitaron murmurando un nombre.

—¡Hernán! —dijo suspirando— si hallas tan bello el cielo que no quieras dejarlo un momento para venir á ver á la que amabas, muéstrateme al menos en sueños: mírete yo sonreirme en ese mundo fantástico é impalpable, el único en que ahora puedo verte. Y entre tanto, amado mío, une á la mía tu plegaria, pide á Dios que abrevie mi destierro en este mundo, tan triste y lóbrego desde que tú no lo habitas. ¡Oh! ¡si siquiera pudiera consagrarme toda entera á mi dolor, llorar, exhalar gritos desgarrantes, dar paso á los sollozos de que está lleno mi corazón! ¡Pero no! ¡después de anonadarme el golpe horrible con que me hirió tu muerte, fué necesario que volviese á la vida para dar mi mano á otro, cuyo ojo vigilante espía mis lágrimas, cuenta mis suspiros, y después de hacerse dueño de mi ser material, pretende escalar el santuario de mis recuerdos, donde se ha refugiado con tu imagen mi alma que es toda tuya!



Mientras ella oraba llorando; mientras sus ojos buscaban entre las nubes de incienso que se elevaban al cielo la sombra del habitante de otro mundo, cuyo recuerdo llenaba su corazón, un sacerdote joven, alto y pálido, revestido de los sagrados ornamentos, había ocupado el altar.

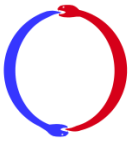
Su exterior manifestaba un profundo y religioso recogimiento que contrastaba con el aire distraído y despilfarrado con que algunos frailes del convento celebraban al mismo tiempo el santo sacrificio. Después de haber recitado con piadoso acento las palabras del rey profeta, volvióse hacia el auditorio para dirigirle el fraternal saludo del apóstol...

Un doble grito resonó en las bóvedas del templo, ahogándolo los sonidos del órgano y los sagrados cánticos.

—¡¡Vive!!—exclamó la mujer enlutada, cayendo desmayada en los brazos de las esclavas que la rodeaban.

—¡¡¡Me ama!!!—dijo el sacerdote, apoyándose pálido y trémulo sobre el ara.

Y al acabarse el divino misterio, aquél que había comenzado á celebrarlo con un corazón puro y lleno de piedad, llevaba consigo la conciencia de haberse hecho reo de la idolatría del pueblo; ¡¡¡porque el sacerdote había olvidado las sacrosantas palabras de la consagración!!!...



IX La redoma

En la noche de ese día, bajo los cimientos de una casa antigua, perdida entre las huertas del Cercado, dos hombres hablaban misteriosamente en un laboratorio subterráneo.

El uno era un viejo de aspecto repugnante, y cuyo ojo de buitre, nariz encorvada y delgados labios revelaban la degenerada raza de Jacob. Embozábase el otro en una ancha capa, y cubría su rostro un antifaz.

La roja llama de un hornillo químico iluminaba la escena con un reflejo fantástico, y rodeaba de una aureola siniestra el grupo que se habla formado por aquellos hombres. Quien los hubiese visto á esa hora en el fondo de aquella negra cueva, al sombrío resplandor de las llamas, los habría creído dos demonios concertando la perdición de un alma.

—Conque ¿dices que este licor da la frialdad, la rigidez y la inmovilidad de la muerte? —decía el encubierto, mirando al trasluz una redomita de cristal llena de un líquido color de rubí.

—Sí, noble señor —respondió el viejo.— Es un poderoso narcótico extraído de las mágicas plantas del Yemen, y del que bastan tres gotas para producir el efecto que decís.

—¿Sin ninguna de las condiciones necesarias á la conservación de la vida?

—Este licor maravilloso las contiene todas.

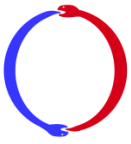
—Pesa bien tus palabras, maldito judío; pues por Dios vivo, que si me engañas, la hoja de mi daga sabrá alcanzarte al través de tus infames hechizos.

—Os juro por el Dios de Abraham, noble señor, que cuanto he dicho es la más pura verdad. Bajo la fría apariencia de la muerte, ese divino elixir conserva la vida en todo su vigor, en cualquier sitio que se relegue á aquel que se someta á su influencia... ya sea —añadió el viejo fijando en el antifaz del encubierto una mirada de profunda malicia,— ya sea que un marido celoso, armado de un derecho deslealmente adquirido, pretenda guardar su esposa en la tumba, ya hacerla morir para su patria y su antiguo amor, y devolverla á la vida bajo el ardiente cielo de las Filipinas.

Apenas pronunciadas estas palabras, el viejo se sintió asido por el cuello y sobre su pecho vió brillar un puñal.

—¡Miserable! —gritó el embozado— ¿cómo lo sabes? Dilo, porque vas á morir.

—¡Eh! noble señor, ¿mancharíais vuestras manos con la sangre de un judío? Si os conozco, ¿qué importa el que sepáis ó no los medios que empleé para ello? Además, ¿no soy astrólogo? Pues bien, he hecho vuestro



horóscopo; y en vez de ser mi asesino, vais á ser tres veces mi deudor. En primer lugar por el trabajo que me he tomado en consultar vuestro destino á las estrellas; después por ese fragmento del poder de Dios que encierra esta redoma; y finalmente por el sello de Salomón —concluyó el israelita, llevando el dedo á sus labios.

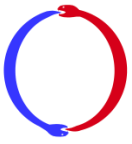
El del antifaz rechazó al viejo con un brutal empujón, arrojóle un bolsillo de oro, guardó la redoma, recatóse aun más bajo su embozo, y subiendo las espirales de una escalera de caracol, atravesó un huerto; y saltando una tapia tomó la calle y se alejó con presurosos pasos.

Media hora después se detenía delante de un postigo secreto que daba entrada, por la espalda, á una casa de magnífica apariencia. Abriólo con una llave que traía consigo, cerrólo tras sí, y encendió luz. Hallábase en una cámara tapizada de seda y cubierta de costosos adornos.

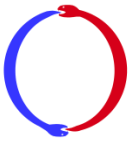
El embozado arrojó su capa y se quitó el antifaz. Era un gentil y apuesto caballero; pero sus facciones duramente pronunciadas, y el ceñudo entrecejo que anublaba su semblante, revelaban un carácter impetuoso y una violenta emoción. Acercóse á un bufete, dejó sobre él la bujía que había encendido, y sacando de su pecho la redoma del viejo habitante del subterráneo, contemplóla largo espacio con sombría expresión. Después, fuese hacia una puerta, levantó la tapicería que la ocultaba, y entró en una suntuosa alcoba suavemente alumbrada por una lámpara de alabastro. En el centro de aquella alcoba, alzábase un lecho dorado y cubierto con cortinas de terciopelo color de grana, en cuyo oscuro fondo, bella y pálida como un fantástico ensueño, dormitaba una mujer, reclinada la cabeza sobre uno de sus brazos, y el pecho velado con sus negros cabellos. Tristes imágenes cruzaban, sin duda, su adormida mente, porque de vez en cuando, un estremecimiento convulsivo recorría su cuerpo, su labio entreabierto murmuraba un gemido, y en sus largas pestañas brillaba una lágrima.

Al pie del lecho, y sentada en un sillón, velaba, ó más bien dormía profundamente, una esclava negra. Cerca de ella, al alcance de su mano, había un velador con varias preparaciones medicinales, y una copa de oro conteniendo una bebida.

El nocturno visitador se acercó al lecho con cauteloso paso, contempló un momento el bello rostro de la mujer dormida, y yendo hacia el velador, vertió en la copa de oro tres gotas del rojo licor de la redoma. Enseguida, y después de asegurarse nuevamente del sueño de la dama y de la esclava, se alejó con la misma precaución que había venido, desapareciendo tras la tapicería.



La mañana siguiente, la ciudad de Lima estaba consternada por un lamentable incidente. Una de las más bellas y distinguidas señoras de la corte del virrey, la esposa del oidor Ramírez, gobernador electo de las islas Filipinas, había muerto en la flor de su juventud y belleza. Su esposo inconsolable, vestido de riguroso luto, arrastró el duelo en sus funerales y llevó su amor hasta donde se detienen todos los amores; descendió él mismo el cadáver de su mujer bajo la bóveda de la catedral, y la sepultó en una suntuosa tumba cuya llave se llevó en su pecho.



X

Los dos encubiertos

Concluidas las plegarias de la noche y apagados los mil cirios del tabernáculo, el sacristán de la Catedral, solo entre las sombras del vasto templo, ocupábase en cerrar las puertas. Sus tardos pasos habían ya recorrido la triple nave, y deteniéndose finalmente en el pórtico que se abre sobre el atrio de la plaza. Corría el cerrojo del último postigo, cuando una mano fría, cayendo sobre la suya, paralizó su acción, dejándolo inmóvil de terror.

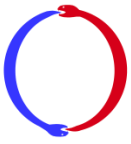
—¡Jesús! Alma bendita, ¿qué me quieres? —exclamó espantado el sacristán; porque á la oscilante luz de la lejana lámpara había visto alzarse ante él un fantasma envuelto en un largo manto negro.

—¡Silencio! —dijo entre el lúgubre embozo con una voz imperiosa y breve. Y la misma helada mano arrastró al aterrado guardián del templo hasta la bóveda sepulcral. Allí se detuvo el fantasma y volviéndose al sacristán le señaló la puerta. Y entre los paroxismos de su miedo el pobre bedel oyó decir con un acento del otro mundo: ¡Abre! Abrió pues, la fúnebre puerta, y el fantasma descendió á la mansión de los muertos. —¡Un vampiro! —exclamó el sacristán, y huyó poseído de un profundo horror. Pero al traspasar el umbral del templo, la poca fuerza que le restaba lo abandonó enteramente; y cayendo sobre sus rodillas quedóse allí yerto, anonadado, y con el solo sentimiento de un inmenso miedo, que turbando progresivamente su cerebro, le representaba una larga procesión de espectros que pasaban y repasaban ante sus ojos fijando en él torvas miradas. Entre aquellas fantásticas visiones dibujóse de repente una más distinta y más horrible. El sacristán, con los cabellos erizados, la vió avanzar al través de las sombrías arcadas, y, pasando á su lado, desaparecer tras las columnas del pórtico. Era el vampiro. Cubríalo siempre su ancho manto negro, y llevaba en sus brazos una forma blanca envuelta en largos velos que flotaban como nocturnas nieblas en torno del fantasma. A su vista, el sacristán cayó con el rostro en tierra; un sudor helado bañó su cuerpo y ya nada vió, nada oyó, sino de allí á largo tiempo las doce campanadas de media noche, que sonaban sobre su cabeza. En el mismo momento una mano, y esta vez muy humana y recia, cogiéndolo por el brazo, lo sacudió rudamente, y lo puso en pie; y un hombre embozado, y, á pesar de la santidad del lugar, con el sombrero calado hasta los ojos, poniendo en su mano un bolsillo y sobre su pecho un puñal, le dijo con una voz más siniestra que la del fantasma:

—Elige.

—¿Qué mandáis, señor?—contestó el pobre hombre, estrechando la más pesada de aquellas dos proposiciones.

—Silencio y obediencia —,repuso el embozado, impeliéndolo ante sí. Y se encaminó también hacia el panteón subterráneo. Llegados al umbral del lúgubre sitio— escucha —dijo el incógnito,— todas las noches á



esta hora, me esperarás aquí; y si eres puntual y discreto, recibirás cada vez tanto oro como te he dado esta noche. Pero si me faltas, ó que tu labio deje escapar una palabra... Ya me entiendes. Abre ahora.

Y el embozado sacó debajo su capa una linterna sorda, y como el otro, descendió también al lóbrego asilo de la muerte.

El sacristán, en quien las mundanas palabras del desconocido desvanecieron toda aprensión supersticiosa, comenzaba á recobrase completamente, cuando oyó una horrible imprecación; y á poco vió aparecer al embozado, que arrojándose á él —¡Miserable —exclamó balbuciente de furor— habla, ¿quién ha entrado aquí?

—¡Piedad! señor—gritó el sacristán aterrado ante la hoja del puñal que aquel hombre había alzado sobre su pecho.

—¡Silencio! ¿quién ha entrado aquí?

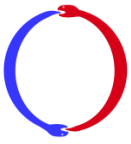
—¡Ay! no es culpa mía, señor. Nada podemos contra los espíritus. Una sombra ha visitado los sepulcros, y ha desaparecido entre una multitud de espectros que poblaron el templo.

—¡Reconozco tu mano, infame judío! —murmuró el embozado, estrellando contra el suelo una redoma llena de un licor rojo—pero yo sabré encontrarte. Y tú, su cómplice, tú que dejas robar los muertos de sus sepulcros, he aquí el premio de tu crimen. —Dijo, y hundió tres veces su puñal en el seno del desventurado sacristán.

Al siguiente día el infeliz fué encontrado exánime y envuelto en su propia sangre al pie del altar.

Poco después de este trágico suceso, el futuro gobernador de Filipinas se embarcaba para la India, seguido de una fastuosa comitiva, en una galera española que hacía el viaje expreso de real orden.

La viajera embarcación se dió á la vela y desapareció con las últimas luces del día. Pero algunos pescadores que, tendidas las redes, velaban recorriendo la ensenada del Chorrillo, vieron que la galera, abrigándose tras las rocas de San Lorenzo, echó al agua un bote, en el que se embarcó un hombre solo, y bogó hacia tierra.



XI El romance

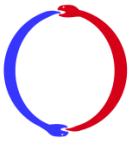
En uno de los fragosos senderos que se elevan serpenteando sobre las nevadas alturas del Illahuamán, vagaba en las últimas horas de un día de primavera, un hombre al parecer incierto de su camino. Su paso, ora lento y vacilante, ora veloz y seguro, revelaba el combate de una voluntad enérgica contra la fatiga del cuerpo. Vestía la obscura túnica del peregrino, cubría su cabeza un capuchón, y recataba su rostro bajo la negra tela de un antifaz.

Llegado á la cima de la montaña se detuvo y paseó por el ameno valle de Urubamba, tendido á sus pies, una profunda y ávida mirada.

—Helo allí —exclamó con acento de concentrado furor, tendiendo la mano hacia un punto del encantado panorama que se perdía en lontananza,— he allí ese palacio edificado sobre ruinas gentílicas, de que hablaba el horóscopo... Para algo había de servir tu diabólica ciencia, infernal judío. Prometióme la dicha, y en efecto, va á dárme la... pero la dicha de un alma desesperada: ¡la venganza! ¡Sí, venganza, cumplida, terrible y sin misericordia!

Y, con ademán resuelto, el viajero prosiguió su interrumpida marcha, desapareciendo luego entre los hondos barrancos que forman el descenso de la montaña. Las últimas escarchas del invierno acababan de fundirse al tibio soplo de la primavera. En lugar suyo, los lirios y las perfumadas azucenas blanqueaban ya al borde arenoso de los arroyos; el junco y la viola se sonreían entre la hierba á la sombra de los sauces; y en las sinuosidades de los peñascos, la «flor del aire» y el alhelí abrían sus silvestres pétalos á la brisa de la noche. Los floridos huertos exhalaban el acre perfume de sus retoños; y el blando susurro de sus frondas, mezclándose á los cantos del tordo, del ruiñón y de la «tuya», añadía un encanto más á la misteriosa magia de la postrera hora de la tarde.

En una de las caprichosas revueltas del valle, al cabo de una avenida de sauces y entre un bosque de seibas, cuyas flores color de escarlata contrastan con el verde obscuro de sus hojas, sobre una plataforma de antiguas ruinas, rodeado de sombra y de misterio, alzábase un palacio de árabe arquitectura. Rodeábanlo deliciosos jardines; y los aromas del azahar y del jazmín, de la rosa y del chirimoyo, embalsamaban la atmósfera de sus salones. Frescas fuentes halagaban el oído con el dulce murmullo de sus surtidores, saturando con una aura húmeda y perfumada el aliento de la noche. Bajo la verde bóveda de un pabellón de arrayanes y madreselvas, reclinada sobre almohadones de brocado, y las manos cruzadas sobre las cuerdas de un arpa de marfil, hallábase una mujer, bella como el rayo de luna que la envolvía. Cerca de ella, en la sombra, estaba sentado un hombre. Era el



peregrino de negro antifaz. A su lado había una mesa cargada de frutas y de vinos.

—Reposad, santo peregrino —decía la dama con celeste sonrisa,— reposad, y gustad los frutos de nuestros huertos... Pero hacedme la merced de descubrirnos, para contemplar vuestro rostro venerable.

—Deploro profundamente el no poder obedeceros, hermosa dama —respondió con humilde y recatada voz el peregrino;— pero, semejante á un sello de maldición, llevo en mi frente una mancha que he jurado ocultar, hasta borrarla, Entre tanto, mi alimento es amargo, y no me es dado acercarme á vuestro banquete hospitalario.

—Guardad, pues, vuestro sagrado voto; pero al menos, mientras descansáis, escuchad mi canto.

Sus blancos dedos preludiaron una melodía suavísima, y luego, una voz angélica se elevó en el silencio de la noche cantando en la dulce lengua de los incas:

«Entre las riberas del bullicioso Rimac y las azules ondas del Océano, extiéndese un encantado valle, donde la primavera dormita perpetuamente en un lecho de flores.

»Cúbrelo un cielo siempre azul; danle sombra el naranjo y la vid, el plátano y la palmera; y el suelo que lo sustenta es un poderoso imán que atrae desde los extremos del mundo las miradas y los corazones.

»Todo allí sonríe; la vida es un sueño delicioso, del que no querríais despertar, ni aun para entrar al cielo. ¡Sí! porque allí como en el cielo, habitan la belleza y el amor.

»Allí descienden á reposarse y renovar sus guirnaldas los ángeles que viajan en el espacio; allí también el querube maldecido viene á encantar un momento la inmensidad de su dolor supremo.

»Y por eso las hijas de ese valle bienaventurado tienen la divina mirada de los ángeles y la seducción irresistible de Luzbel.

»No las miréis, vosotros los que no queráis entregarles vuestra alma; porque ella se escaparía de vuestro pecho, para ir á arrojarse en la llama de sus ojos.

»La mujer reina allí con un poder absoluto; posee el imperio de los elementos, y es la reina de la creación.

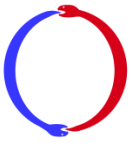
»Y sin embargo, allí donde todo se inclina ante ellas, donde mandan como soberanas, y donde la felicidad es la atmósfera de su existencia, una mujer gemía é invocaba la muerte.

»Era joven y bella; la sangre de los conquistadores corría por sus venas, y el poder y la opulencia mecieron su dorada cuna.

»¿Por qué apartaba su mirada de ese radioso horizonte?

»Vivía en una atmósfera de adoraciones, y era la esposa de un hombre que la idolatraba.

»¿Por qué deseaba morir?



»Porque ella lo aborrecía, y su corazón cerrado para él, tenía otro dueño. La hija de los godos amaba á un hijo del sol; y cuando el orgulloso íbero encadenó su cuerpo, hacía largo tiempo que Chaska—Nauí Inca poseía su alma.

»Y por eso se agostaba y perecía como una flor arrancada de su tallo—mientras ella dormitaba el sueño de su agonía, he aquí el ángel de la muerte, que se acerca con una copa en la mano y le dice: —¿quieres morir?

»Y el blanco labio de la moribunda se agitó con un sí ansioso, desesperado.

»El ángel vertió tres gotas de su copa sobre aquella palabra suprema; y la vida abandonó el cuerpo de aquella mujer, y se reconcentró toda en su corazón, que cesó de latir, y ardió como un hogar inmenso, en tanto que sus miembros quedaban yertos y helados, y su pupila fija, vidriosa y sin mirada.

»Y en los ámbitos de su pecho resonaban ecos extraños, repitiendo sollozos, gritos de dolor, fúnebres cánticos y golpes semejantes á los del martillo sobre la cubierta de un ataúd.

»Después silencio... largo y sepulcral silencio. ¿Dónde se hallaba? ¿Atravesaba los limbos de la eternidad? O más bien... ¡horror! aquella fría y silenciosa lobreguez, ¿era la nada? ¡la nada en que iba á desvanecerse esa alma!

»Pero el eco de aquel pecho inmóvil se despierta, y remeda una voz melodiosa grave y triste; voz conocía y amada en otro tiempo, en otro mundo, quizá en el cielo.

»El acento querido resuena cada vez más dulce, cada vez más próximo.

»En la profundidad del tenebroso horizonte dibújense los contornos de una figura aérea y luminosa. No es el semblante ceñudo del ángel de la muerte, no; es el rostro bello, suave y melancólico de uno de esos espíritus de amor que vagan recogiendo en su seno las lágrimas de la tierra.

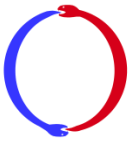
»La celeste aparición se acerca; su mano aparta el blanco sudario de la muerte, y su labio se posa sobre la frente helada del cadáver, que al divino contacto se estremece.

»El fuego de la vida, oculto en el fondo del corazón, se esparce y recorre sus venas en ardientes oleadas; sus pálidos labios se enrojecen; su pecho se agita en voluptuosos suspiros, y sus párpados se entreabren, derramando en torno una fulgurosa mirada.

»¿Dónde se halla? ¿en el cielo? ¡No! el cielo no tiene en sus tesoros la deliciosa embriaguez que arroba su alma.

»Bajo las doradas bóvedas de un encantado palacio perdido entre el follaje de una selva de vergeles; Chaska—Nauí la estrechaba entre sus brazos ...»

—Sí —gritó el peregrino, alzándose de repente, y cambiando su humilde acento con el acento airado del terrible viajero del Illahuamán, — ¡sí! bajo esas misteriosas cúpulas, á la sombra de esos callados vergeles se

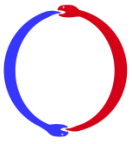


entregaba ella á las delicias de un amor culpable, sin presentir la presencia de aquél que habia encadenado su cuerpo, que la había escondido en la tumba, y que con un puñal en la mano y la venganza por guía, deslizóse con la astucia silenciosa de la culebra entre los muros que la guardaban, y alzándose de repente ante ella. —Heme aquí —la dijo.— Tú has dado á otro tu alma, pero tu vida es mía, y vengo á tomarla.

El peregrino había arrojado su antifaz, y estaba allí de pie, implacable, terrible. La dama palideció ante aquella siniestra aparición; pero luego, alzando al cielo sus hermosos ojos, rasgó los velos de su seno, y dijo con la expresión sublime de los que ceden á la fatalidad:

—He aquí mi corazón, herid.

Brilló en la sombra la hoja de un puñal y se hundió tres veces en aquel desnudo pecho. Y el blanco rayo de la luna que alumbraba á la bolla morada del encantado palacio, alumbró ahora sólo un cadáver ensangrentado...



XII

La quena

El viento de la tempestad había descendido. Su soplo destructor, desembocando por las estrechas gargantas de una elevada cordillera, y barriendo la seca hierba que hallaba á su paso, había ido entre torbellinos de granizo, á estrellarse mugiendo furiosamente contra los muros de un pueblo de indios que se extendía al pie de las montañas. Torrentes de agua y de nieve habían anegado sus estrechas calles, y el estallido del trueno, repetido á lo infinito por los ecos de aquellas cumbres, había llevado el espanto bajo de sus pacíficos techos. Mas la tempestad había pasado.

Una noche lóbrega cubría las montañas, el pueblo y la llanura; y la doble obscuridad que nivelaba todos los objetos sólo era interrumpida á largos intervalos por la luz amarillenta y fugaz de los lejanos relámpagos. La naturaleza entera parecía dormitar después de la terrible crisis que la había agitado; y todo lo que tenía vida sufría la reacción del miedo: reposaba.

Ningún ruido exterior revelaba la vida en aquel negro hacinamiento de edificios, y sin embargo, en lo alto de uno de ellos se veía la luz brillando como un faro en aquel océano de tinieblas.

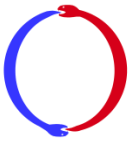
De repente, una melodía extraña, dulce, desgarrante y aterradora á la vez, se elevó de aquel sitio, atravesó los aires, llenó los ámbitos del valle, y fué á despertar los ecos de las montañas.

Era una música sublime, cuyos mágicos acentos, ora tiernos y apasionados como el adiós de un amante que se aleja, ora melancólicos y dolientes como los suspiros de la ausencia, ora sombríos y lúgubres como la voz del de profundis, remedaban, uno á uno, todos los gemidos que el amor ó el dolor pueden arrancar al corazón humano. ¿Era una voz? ¿era un instrumento? Ángel ó demonio, ¿quién era el autor de esa melodía?

Era un hombre que sentado á los pies de una mujer en un gabinete enlutado y alumbrado por una gran lámpara de plata, tañía un instrumento de forma extraña.

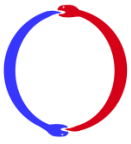
Aquel hombre vestido de negro, como todos los objetos que lo rodeaban, era de estatura alta y llena de distinción, de facciones bellas, aunque cubiertas de una palidez sepulcral. Sus grandes ojos negros, de largas pestañas, tenían el brillo de la juventud, aunque precoces, pero profundas arrugas la hubieran hecho desaparecer de su frente.

La mujer á cuyos pies se hallaba, envuelta en una túnica blanca, y recostada en un ancho diván, tenía medio cubierto el rostro con las ondas



de su cabellera negra, que descendiendo á lo largo de los pliegues de su ropa llegaba hasta el suelo. Una de sus manos descansaba en su rodilla, y la otra, sostenía su cabeza reclinada sobre los cojines del diván.

Nada más plácidamente bello que el grupo que formaban, la mujer vestida de blanco como la virgen que sube al lecho nupcial, y el hombre que puesto á sus pies y alzando hacia ella sus tan hermosos y apasionados ojos parecía dirigirla todas las notas de aquella celeste armonía. Pero si algún ser viviente hubiera podido penetrar en ese sitio y mirar de cerca aquel grupo, habría sentido erizarse los cabellos sobre su cabeza y hubiera huido espantado; porque la larga cabellera de aquella mujer tenía una aridez metálica; sus manos de forma tan bella, estaban secas; aquella alba túnica era un sudario, el rostro que el joven contemplaba, había recibido hacia largo tiempo el horrible sello de la muerte, y el instrumento mismo cuya voz tenía una tan divina melodía, era un despojo de la tumba, era el fémur de aquel esqueleto.

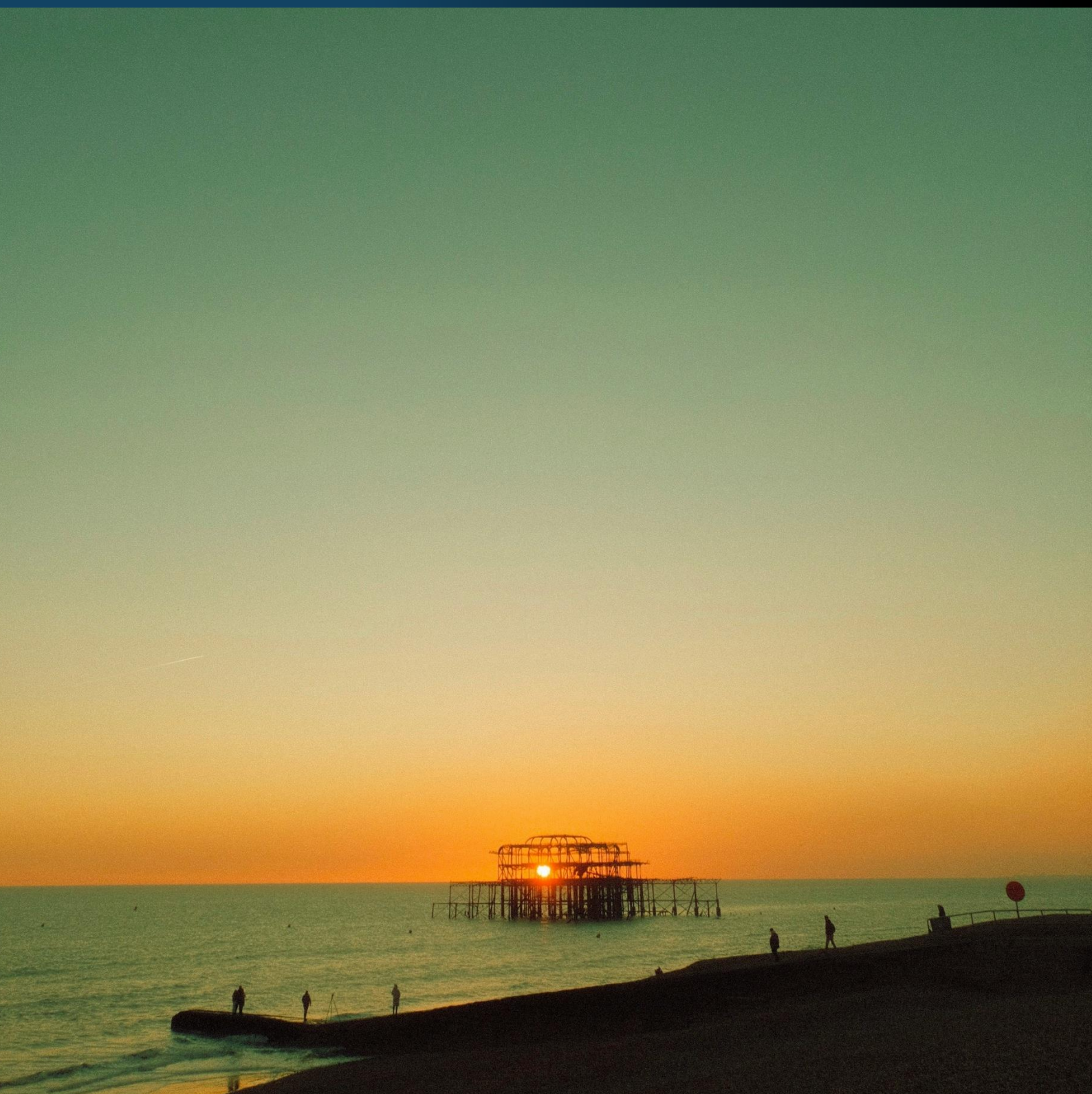


Conclusión

El tiempo que incesantemente extiende su guadaña sobre la creación para destruirla y renovarla, y más que todo, el terror supersticioso, hicieron de aquel pueblo un desierto. El viajero distingue apenas el sitio que ocupó en la árida llanura, por algunas ruinas ennegrecidas por las lluvias y los helados vientos de la cordillera. Pero ni los años, ni los omnipotentes rayos del Vaticano han podido borrar la memoria del amor infortunado y del extraño duelo del cura Camporreal, cuyos gemidos repite eternamente durante el silencio de las noches, en lo hondo de nuestros valles y en las plazas de nuestras ciudades la voz del instrumento que él consagró á su dolor, y al que los hijos del Perú dieron el nombre de Quena, palabras que en la quechua antigua significa: pena de amor.

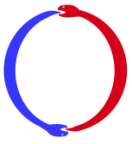
Si en la felicidad escucháis la voz de ese instrumento, sentiréis esa dulce melancolía tan necesaria para templar lo que aquella tiene de demasiado deslumbrante y fatigosa para nuestra alma. Pero, ¡oh vosotros! los que lleváis en el corazón un grande dolor, ¡guardaos de escucharla! porque para vosotros tendría un poder terrible, que como un espejo mágico os hará ver de nuevo todo lo lúgubre de vuestro pasado; desvelará á vuestros ojos la pálida imagen del siniestro porvenir, y el dolor se agrandará en vuestro pecho hasta romperlo.

Nuevos horizontes





Protocolo



Osvaldo Beker

“Un respeto preciso y permanente por las normas, por las reglas, es fundamental”, decía Ricardo siempre. Se lo decía a él mismo, se lo decía a los otros. Oyó esa idea al azar en un aburrido programa de cable perdido a la traspaso entre las publicidades larguísimas de aparatitos para pelar zanahorias y rodillos de pintura milagrosos. Repetía las palabras todo el tiempo, como si fueran un mantra. Enarbolaba esa frase como si fuera un precioso cáliz sagrado y entonces, por supuesto, se la repitió a la famosa diseñadora que le había pedido que organizara una pomposa fiesta:

—Un respeto preciso y permanente por las normas, por las reglas, es fundamental.

—Ajá. Bueno, ojalá que eso dé sus buenos resultados. Va a venir gente muy importante.

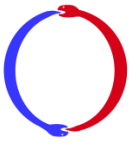
—Lo sé: repasé sus nombres —replicó el hombre apenas oyó a la tan distinguida clienta.

—Me gustaría que todos se vayan felices.

—Pierda cuidado, Eugenia —le dijo, con la intención de tranquilizarla.

—Mire, Ricardo, voy a decirle una cosa: confío en usted plenamente. Voy a dejar todo en sus manos —dijo la mujer, quien lucía un trajecito de reconocida marca.

La noche anterior, Ricardo, que obviamente usaba tanto el apellido del padre como el de la madre, estaba despatarrado en su departamento, comiendo con la mano unas porciones de pizza de muzzarela y jamón barata comprada en uno de esos negocios populares. “La forma es lo más



importante de todo”, sentenció luego de practicar un eructo de cuatro segundos producto de la Coca-Cola llena de gas que estaba tomando de pico. “La forma, la forma. Todo lo demás no importa. Solo importa la apariencia”, agregó, y escupió el carozo de una aceituna desde donde estaba, en un sillón *Chesterfield* venido a menos, hasta la caja rectangular de la pizza que había depositado directamente sobre el suelo sucio de semanas.

—Hace muy bien, Eugenia, puede confiar plenamente en mí. Llevo muchos años en el rubro.

—Me han comentado que usted trabajó en una embajada.

—Efectivamente.

Ricardo había trabajado muchos años en una importante embajada en el barrio de Palermo, solo que no estaba nombrado como agregado cultural o algo por el estilo: era uno de los varios choferes. Pequeño detalle. Pero bueno, él sabía maquillar la realidad. “Las formas, el aspecto fundamental”.

—Ajam. Me quedo tranquila entonces. La recomendación me vino por parte de una persona a la que quiero mucho.

—Agradézcaselo de mi parte —replicó Ricardo, con la prudencia ceremoniosa de no averiguar el paradero de ese nexos.

—Lo haré.

La organización deparaba un esfuerzo mediano, ya que solo se trataba de tener a mano un par de contactos adecuados que supieran hacer más o menos su trabajo: cocinero, mozos, algún *sommelier* (cómo le gustaba pronunciar esa palabra), un par de chicas flacas y carilindas, y su tío —que tenía el porte de un mayordomo inglés a pesar de haberse engrasado bajo los motores de los autos durante décadas—.

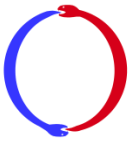
—En fin, Ricardo. Lo voy a tener que dejar ahora que tengo un montón de trabajo acumulado.

—Vaya nomás, señora. Yo me encargaré de todo para que sea la mejor recepción del mundo.

—Tampoco exagere. Hasta luego.

—Hasta luego. Sí, la mantendré al tanto de todo, Eugenia.

De la víspera aún conservaba un pedazo de queso entre los dientes de atrás y el olor a transpiración disimulado por el fiel desodorante y, sin embargo, hay gente que parece no querer darse cuenta de la diferencia entre lo auténtico y lo chanta. Los zapatos que calzaba eran los únicos que tenía en su armario. Luego tenía chancletas azules, pantuflas deshinchadas y un par de zapatillas blancas Topper. ¡Pero esos zapatos...! Podrías afeitarte mientras te mirabas en ellos. Siempre hay que mantener lo justo y necesario para deslumbrar.



—Gracias, Ricardo. Solo una cosita, y espero que no lo ofenda esto que voy a pedirle. No me diga “Eugenia”. No me gusta. Dígame “señora”. ¿Podrá ser, por favor?

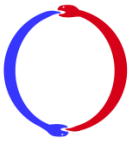
—Por supuesto, señora. Discúlpeme el atrevimiento o el abuso en la confianza.

—No hay problema. Es una cuestión mía, de costumbre, no hace falta que me pida disculpas.

Ya la tengo en el bolsillo, pensó. Qué buen trabajo que tengo, pensó. Me encanta que me vaya bien, pensó. De todas maneras, yo no soy un chanta, pensó. El sol brillaba arriba: era la hora sin sombras.



Tortilla, pimientos rojos
y una gallina asada



Ginés J. Vera

A quienes decidieron fundar la editorial SanBalandrán, en estos tiempos convulsos, en los que leer es casi una rareza. Muchas gracias.

No hay amor más sincero que el amor a la cocina.

George Bernard Shaw

—Te he traído la merienda —anuncié dejando la bandeja sobre la mesa de estudio de mi hijo, ladeando con cuidado el ordenador portátil.

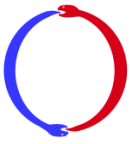
Nuño permaneció en silencio, tumbado sobre la cama, incluso cuando me vio retirar un montón de ropa de la silla para sentarme. Su dormitorio era poco menos que su santuario, no ya porque se pasase horas allí; también porque solo consentía que entrase para hacerle la cama a condición de no desordenarle nada.

—No tengo hambre —resopló dándose la vuelta.

En unos meses cumpliría dieciocho, hacía tiempo que había dejado de ser mi *niño*, de contarme sus cosas; ahora su confidente era su padre, y no siempre. Por Gonzalo había sabido que estaba tristón por una *amiga*, una tal Claudia; poco más.

El silencio terminó por decidirme a dejarle solo.

—No quiero ir a la universidad —escuché, por fin, junto a la puerta.



La frase me llegó atenuada por su rostro bocabajo.

—Y eso ¿por qué? ¿Qué harás, entonces?

—No sé. —Asomó la cabeza, lloraba.

—Venga, cielo —me senté despacio en el borde de la cama—; puede que ahora lo veas todo fatal, pero te aseguro que es algo pasajero.

—Claudia me ha dicho que no quiere saber nada de mí.

—¿Claudia?... Bueno, pues, no conozco a esa Claudia, pero ella se lo pierde.

—No lo entiendes, mamá. —Se revolvió para quedar bocarriba limpiándose la cara.

—Entiendo que soy tu madre, que te he criado. No sé qué os habrá pasado, pero estoy segura de que tu... amiga —dudé si debía llamarla así— Claudia, no va a encontrar a alguien como tú fácilmente.

—Ya no soy un niño, mamá —protestó con tono de enfado, incorporándose.

—Lo sé, cielo. —Amagué el abrazo de madre que me apetecía darle.

—Además —continuó—, Claudia tiene razón: ni sé qué quiero estudiar ni sé hacer nada.

—¿Eso es lo que te ha dicho esa Claudia? ¿Y ella, qué sabe hacer?

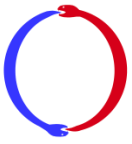
Lo admito, me hubiera gustado tener en ese momento, frente a mí, a la tal Claudia. Creí recordarla por casa, meses atrás; algo más alta que él, paliducha y con un remache o uno de esos *piercings*, como los llaman ahora, en el ombligo.

—Va a estudiar Hostelería, trabaja en el restaurante de sus padres. Dice que la universidad es una pérdida de tiempo.

—Niño, eso no es así y lo sabes. —Noté como me encendía por dentro—. Cuanto más estudies más posibilidades tienes de ser alguien en la vida. Ya, ya sé... —me adelanté al ver que iba a contestarme—. Sé que suena a lo que solemos decirte siempre, pero es que es verdad. Tu padre y yo estamos orgullosos de ti. Esperábamos que te decidieses durante el curso, pero no importa; aún hay tiempo. —Tomé aire recordando las conversaciones al respecto que habíamos tenido los tres, muchas noches—. Creo que deberías ir a la universidad. Tu padre te lo habrá dicho también.

—Es que... No sé. No me gusta nada. —Hizo un mohín con la cabeza—. Había pensado en algo de Letras, pero me han dicho que no tiene salida, salvo las oposiciones. Claudia me había hablado de Hostelería...

—Vaya con Claudia. —Respiré hondo antes de seguir—. Cariño, estudia la carrera que más te guste porque son varios años y, luego, no queremos que nos vengas diciendo que la dejas. Al menos, inténtalo. —Vi que me miraba atento—. Lo de hacer Hostelería creo que es más por esa chica que porque te guste de verdad. Piénsatelo bien y, si al final es lo que quieres, tu padre y yo te apoyaremos igual. —Me levanté al ver que él también lo hacía—. Otra cosa es que quieras aprender a cocinar. En parte



ha sido un poco culpa nuestra que no te hayamos enseñado siquiera a defenderte en la cocina. Todo en la vida no van a ser pizzas y hamburguesas, ¿a que no? —sonreía—. No sé qué sabe hacer esa chica, pero te aseguro que con un poco de atención y ganas puedo enseñarte. ¿Quieres?

Su padre apareció tan oportuno apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Llego en mal momento?

—Para nada, Nuño me va a ayudar esta noche a hacer la cena.

—¿Quién, yo? —repuso extrañado.

—Claro que sí, venga. Hoy empiezan tus clases de cocina.

—¿Clases de cocina? ¿Me puedo unir yo también? —preguntó Gonzalo. Nuño y yo negamos a un tiempo, riendo.

Con el mandil algo grande, le propuse preparar una socorrida tortilla de patatas. Más fácil no puede ser, añadí, acercándole unas patatas con un cuchillo. Le expliqué que las que íbamos a emplear eran de la variedad Monalisa —el nombre le pareció divertido—, buena para las tortillas por su alto contenido en almidón, a la hora de freírla.

—Puede que no te acuerdes —le dije al pedirle que sacase los huevos de la nevera—, pero de pequeño te encantaba verme batirlos. Recuerdo una vez que te pusiste perdido porque insististe en que te dejase a ti.

Esbozó una sonrisa, como recordándolo. Le costó un poco pelarlas con delicadeza, se manejó mejor, esta vez, con el aceite hirviendo, echándose atrás ante una vengativa lengua de fuego. Al oír las risas, su padre acudió curioso.

—¿A ti no te gustaba la Historia? —le preguntó—. ¿A que no sabes quién inventó lo que estás cocinando?

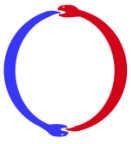
—No le distraigas ahora, Gonzalo.

—¿Los franceses? —repuso Nuño. Con un rápido movimiento de muñeca y varios intentos logró darle la vuelta a la tortilla.

—Para nada, el general Zumalacárregui, en el sitio de Bilbao, en la época carlista. —Nuño bajó el fuego y se quedó atento a la explicación—. Ordenó mezclar los huevos y las patatas para ganar tiempo y así volver antes a la batalla.

—¿De verdad? —se sorprendió—. Me suena que eso es una leyenda urbana. Claudia dice que la tortilla española es un invento extremeño.

—Esa Claudia es una listilla. —Noté el ríntintín de mi marido al sentir herido su pequeño orgullo de descendientes alaveses—. Qué se puede esperar de alguien que se llama como una ciruela. —Nuño encaró las cejas sin comprender.



—Creo que los sándwiches los inventó un tío que se pasaba todo el día jugando a las cartas.

—Claro, eso lo sabes porque te lo conté yo —alegó su padre—. ¿Y qué es eso de *tío*? Fue John Montagu, el cuarto conde de Sandwich.

—Lo busqué en Wikipedia, papá, y no está claro que fuera el conde ese...

—Bueno, dejaos de sándwiches —interrumpí, viendo que Nuño descuidaba la sartén—, ¿qué tal si acompañamos la tortilla con una ensalada? —Su padre y él asintieron a dúo.

Cuando Nuño terminó de cortar la lechuga, llamé su atención.

—Vamos a echarle zanahoria rallada, tomate y este de aquí que también tiene historia —dije colocando frente a él un tarro de pimientos rojos en aceite guiñándole un ojo—. Es del pueblo de tus abuelos, en La Rioja.

Mientras él los fileteaba, le conté que a finales de septiembre las calles de Tricio se impregnan de un delicioso olor a pimiento rojo asado.

—¿Te acuerdas de la casa de los abuelos, del horno a leña? —Vi que asentía—. Pues en él es donde la abuela Jacinta los asaba al estilo tradicional, quitándoles luego, a mano, el corazón, la piel y las semillas, conservándolos en aceite de oliva, también de La Rioja, por cierto.

—¿Puedo probar uno? —se adelantó su padre, decidido—. Me ha entrado hambre con la explicación.

—Te esperas, Gonzalo, la cena está casi lista, solo falta añadirle unas anchoas.

Ya en la mesa, Nuño nos preguntó animado si podía ir al pueblo ese verano a visitar a sus abuelos.

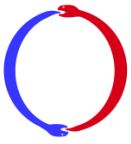
—No es mala idea —asintió su padre—. Además, hay una excursión que no te puedes perder.

Como vi que servía vino para los tres, imaginé que le hablaría de las bodegas de la zona, le miré inquieta.

—Cerca de Tricio está San Millán de la Cogolla.

Creyéndole distraído, Nuño peleó con su padre por el último trozo de tortilla, luego le preguntó qué tenía de especial ese sitio.

—El origen de nuestra lengua, ¿te parece poco? Ahora que los jóvenes estáis con los móviles todo el día dándole patadas al idioma, seguro que no sabes que fue allí, en el monasterio de Yuso, donde



aparecieron las primeras palabras escritas en castellano. Al menos, sí que te sonará mi tocayo, Gonzalo de Berceo... —Nuño asintió—. Pues allí estudió nuestro primer poeta culto en lengua castellana.

Nuño hizo un gesto, interesado; supuse que al oír lo del monasterio y lo de Gonzalo de Berceo y la poesía. Años atrás, se había presentado a un concurso literario en su instituto y los profesores le habían animado a que siguiera escribiendo. Además, le atrajo la idea de visitar a sus abuelos y ver cómo se preparaban los pimientos asados. Me alegró verle de tan buen humor y que se hubiera olvidado de sus dudas. Y de la omnipresente Claudia.

—Cerca de Tricio, por Nájera, pasa el Camino de Santiago —remató su padre en los postres.

Nuño había comentado en varias ocasiones su interés en hacer, si no todo, al menos, una parte del recorrido. Comenzó a hacernos preguntas. Por su expresión, temí que nos sorprendiera esos días anunciándonos que era eso, precisamente, lo que quería hacer antes de entrar a la universidad. Afortunadamente, no fue así.

En septiembre se matriculó en la Facultad de Historia de Salamanca. Al año siguiente, sí que nos insinuó que planeaba recorrer el Camino Francés, en vacaciones, con unos amigos y su amiga especial. De ella me había ido hablando, por teléfono, durante esos meses, y en sus visitas de fin de semana, mientras preparábamos platos sencillos, como las torrijas de vino y leche y la sopa de ajos, tan típica en el Camino, le comenté.

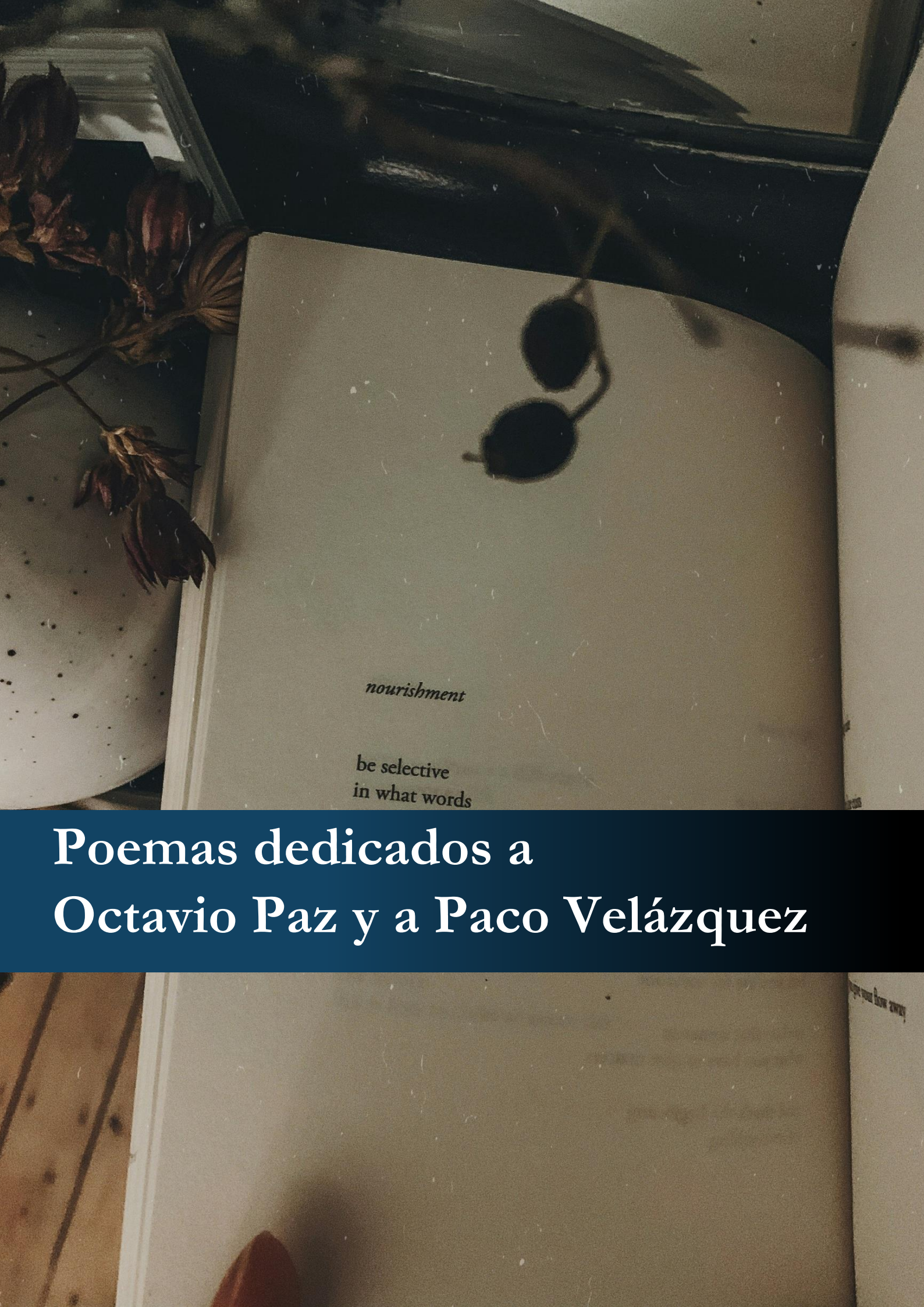
—Fíjate que sencilla, Nuño; ajo, agua, aceite, pan duro, huevo escalfado, pimentón, laurel y sal.

—Pero no creo que con el calor de agosto, los chicos vayan a pedir eso para comer —alegó su padre, con un medio reproche, ahora que, de nuevo, Nuño me había elegido como su confidente. Se había acercado a la cocina con el libro del ingenioso hidalgo abierto para leer lo que ya don Quijote aconsejaba a Sancho:

—“No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería” —entonó Gonzalo con voz ronca.

Nos reímos los tres, bromeando sobre aquellos regios y manchegos duelos y quebrantos.

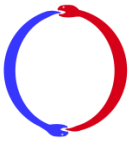
A finales de agosto, Nuño nos mandó una postal de un gallo y una gallina en el interior de una catedral con la frase: *Santo Domingo de la Calzada donde cantó la gallina después de asada.*



nourishment

be selective
in what words

Poemas dedicados a
Octavio Paz y a Paco Velázquez



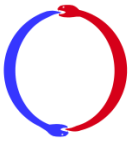
Encarnación Sánchez Arenas

Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos olas
y la noche es océano.
Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos piedras
y la noche desierto.
Dos cuerpos frente a frente
son a veces raíces
en la noche enlazadas.
Dos cuerpos frente a frente
son a veces navajas
y la noche relámpago.
Dos cuerpos frente a frente
son dos astros que caen
en un cielo vacío.

“Dos cuerpos” de Octavio Paz

DOS CUERPOS

Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos olas
de un naufragio parco.
Dos cuerpos frente a frente
son a veces navajas
que eluden la violencia.
Dos cuerpos frente a frente
son dos astros erráticos
en un cielo siniestro.
Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos piedras
rasgadas de una roca.
Dos cuerpos frente a frente
son a veces raíces
de arboledas perennes.

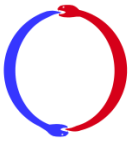


Entre la tarde que se obstina
y la noche que se acumula
hay la mirada de una niña.
Deja el cuaderno y la escritura,
todo su ser dos ojos fijos.
En la pared la luz se anula.
¿Mira su fin o su principio?
Ella dirá que no ve nada.
Es transparente el infinito.
Nunca sabrá que lo miraba.

“Niña” de Octavio Paz

NIÑA

Depreciado clamor,
de venturoso ritmo
discierne su don
entre diestros trinos.
Y en el cuaderno apunta
sus memorias repletas
de muy fina escritura,
¡e imagen serena!
Entre ella y la pizarra
objetos placenteros
apuntan muchas ganas
de pintarlos de lleno.



Ya amamanta a la tierra,
ya seduce a la vida,
ya entenece los días,
porque yo, errante,
te persigo a cada instante,
porque yo, errante,
sumo, lleno, tomo, vivo.

“Otoño errante” de Paco Velázquez

YO NACÍ EN OTOÑO

Vinieron las hojas caídas
a poblar las aceras
de las calles grises.

Vinieron las hojas caídas
a pasar páginas
de un candelario vespertino.

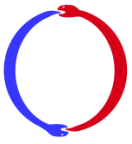
Llueve
y hay barro en los arroyuelos.

Llueve
y la perspectiva de la avenida
brilla sinuosamente.

Y hay más fantasmas en otoño,
y hay más personas erráticas.

Los cristales arropan el vapor
de tu aliento.

Los visillos empapan la humedad
de tu cuerpo.



Llegó como un gélido viento,
arañando las estrías de mi vida,
palpando mis grietas enmohecidas
de lacerantes lamentos.

Llegó, y no pude hacer nada,
porque eras tú mi ensoñación,
mi desvarío de pérfida erupción
y mi voz desangelada.

Llegó y con manto me cubrió
de espinas firmes y oleaginosas,
entre mil palabras rabiosas
y no pude desprenderme del honor.

Llegó y de un terco manotazo
asíó mi triste corazón,
que torpemente se derrumbó,
se hizo añicos, en pedazos.

“Manotazo” de Paco Velázquez

FIRMA DEL TESTAMENTO

Llegó envuelto en un viento
arrastrando los traumas de mi vida
ante las lágrimas perdidas
de pusilánimes pensamientos.

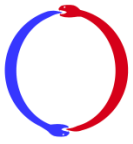
Llegó, y no pude hacer nada
porque eras tú mi perversión,
el aliciente de mi inclinación
y mi cólera descartada.

Llegó y sin miedo me protegió
ante mi voluntad prodigiosa
y entre mil palabras rencorosas
tomó el testamento y firmó.

Llegó y de un rabioso mazazo
asíó mi triste corazón,
sin ninguna desazón
quebrando todo en pedazos.



La tienda



Goyo

Estaba al lado de la carretera de empinada cuesta y además era nuestra vivienda. Una amplia acera desahogaba la construcción casi tangente a la ladera del valle.

Un gran escaparate, la puerta de dos hojas daba acceso al local y al mostrador. Estanterías con telas variadas para hacer sábanas, vestidos, delantales, pantalones, abrigos. Madejas para tejer. Confecciones: calcetines, ropa interior, medias, guantes, camisas, chaquetas, jerséis, pantalones. Parte de estas, dentro de una enorme vitrina de castaño con puertas acristaladas y corredizas.

Nuestro universo.

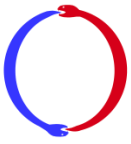
—¿Cuánto debo?

—...

—Voy a pagar doscientas pesetas.

La deuda pasaba de quinientas, y se engordaba con una nueva compra, quedábamos como estábamos o peor.

Un grueso libro, “la libreta”, reflejaba los vaivenes de los clientes. Eran los tiempos de “llevar fiado” y escasos los que a primeros de mes liquidaban la deuda total. Difícil sostener durante años esta situación. Los



otros comerciantes procedían igual, no negábamos la mercancía, se podría perder todo.

Un círculo vicioso.

—En Casa Charo tienen esto a mejor precio que vosotros y más género.

¡Qué descaró!

Menudeaban las discusiones en casa por esta causa. Mi madre era un verbo que no cesaba, solo interrumpida a veces por mi padre. Yo no encontraba sosiego.

—Y a ver si le pagamos a tu primo, ya está bien, se va a cansar de nosotros.

Aquel pariente de mi padre tenía un boyante almacén en Langreo, nunca nos apremiaba, era un bendito. Nuestro principal proveedor. Traía de Barcelona prendas de última moda que después nos distinguían de los demás.

—¿Qué tal estás, heredero? —Y me regalaba una pelota de goma de vistosos colores.

Viajantes de Oviedo y Gijón completaban el aprovisionamiento de artículos. Aparcaban sus modestos coches —*Biscúter*, *Renault 4-4*, *Dauphine*— al lado, y los chicos examinábamos los cuentakilómetros para ver cuánta velocidad daban. 120, 140, 160 mostraban generosos. Imposible para aquellos vehículos y las deficientes carreteras.

Las ventas ambulantes en los mercados semanales a los que acudía mi padre ayudaban al delicado equilibrio, se cobraba al contado.

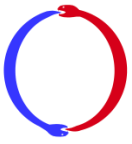
—¿Qué tal el día?

—Bien. —Y mostraba un fajo de billetes—. ¿Y por aquí?

—Poca cosa, Anita llevó una muda, debe ser que viene Pepín el contratista.

—Y a ti qué te importa que venga Pepín, el caso es que compre.

Pepín era contratista de obras, educado, discreto y de pocas palabras, con su cara roja y siempre vestido con elegancia. Había otros Pepes. Estaba Pepín el electricista, que trepaba en un suspiro a los postes de madera, clavando en ella las grandes cuchillas amarradas a sus piernas para arreglar las frecuentes averías. Y el jovial Pepín el practicante, que me pinchaba en mis episodios de “anginas”, hervía las agujas de la caja metálica, serraba



la ampolla y, aspirando el líquido, la inoculaba al minúsculo botellín de antibiótico en polvo. Una enérgica agitación de la mezcla y nueva aspiración. Tres, cuatro golpes en falso en la nalga y allá iba la sorpresiva aguja. Casi no me enteraba.

Anita era viuda, y regentaba el cercano y amplio bar; mi padre jugaba al tute con los vecinos después de cerrar la tienda, sentados alrededor de las sólidas mesas de madera. Los mineros que salían del trabajo formaban grupos de cuatro o cinco en la barra y se turnaban a cantar trasegando sidra mientras escuchaban con atención al que cantaba. Inolvidable el olor de la mezcla de la sidra y el serrín esparcido.

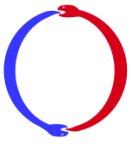
—Vete a Casa Anita, a ver si tu padre acaba la partida de una vez, la cena está lista.

—Ah, ya estás aquí. ¿Quieres un refresco?

Aprendí a jugar al tute mientras esperaba el final de la partida.

Final 02/02





Miguel Quintana

—No, no es precisamente eso —dice A.—, no es que magnifique ni extralimite nada..., no sé por qué hablas tanto tú, sin conocer nada..., porque no conoces ni a mi padre, ni a...

—Pero, aunque no le conozca, creo que es demasiado llamarle moneda falsa...

—... ni a mi madre. Y para hablar, hay que conocer. Si no, caes en generalidades y en bobadas, o en algo diametralmente opuesto a la verdad.

—La palabra mágica.

—Qué.

—La *verdad*; con un poco de magia, te hace libre.

—A pesar de todo, tópicos..., tópico por aquí, tópico por allá...

—Sí, un pozo de tópicos.

—Y parece que podrías tener un discurso coherente.

—¿Aplicando tu sentido común?

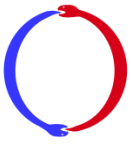
—Por ejemplo.

—¿Como el sentido común que aplicaba tu padre cuando escribía las *cartas* de Mozart?

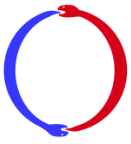
—¿Cartas? ¿Qué es eso de las cartas?

—¿No tienes en casa las cartas apócrifas de Mozart que escribió tu padre?

—Cartas de Mozart..., no, no me suena haber leído..., bueno, sí, he leído las cartas de Mozart...



- Pero las que escribió...
- Quién.
- Tu padre. Usó en ellas un sentido común abrumador.
- No, eso no lo he leído.
- Pues te lo recomiendo. Creo que gustan mucho a las abogadas serias...
- ¿Y a los bibliotecarios tontos?
- A esos les encantan: se retuercen al leerlas, y se desternillan solo por tenerlas en la mano.
- Muy bien: déjamelas.
- No las tengo aquí.
- Dónde están.
- En mi despacho.
- También tienes allí teléfono, ¿no?
- Sí.
- Qué hora es.
- Otra vez. ¿Pero no se puede andar sin teléfono y sin reloj?
- No sé, pero tú tienes reloj y teléfono.
- Y así ando...
- En serio, necesito tres cosas.
- ¿Tantas?
- Saber la hora, llamar por teléfono...
- Y los papeles de tu padre.
- Y mis papeles, sí.
- ¿Perdiste tus papeles?
- Esas tres cosas: ¿es mucho pedir?
- No. Pero a cambio te pido yo una.
- Cuál.
- La jaula vacía.*
- ¿Qué?
- ¿No oyes bien? *La jaula vacía*, el texto ese que escribió tu padre tan inquietante...
- ¡Ah, sí..., aquí, en la manga la tengo!... ¡Pero de dónde voy a sacar yo ahora unos papeles de mi padre!
- De la memoria.
- ¡Dios mío, no te entra en la cabeza que no quiero hablar de mi padre!
- ¿Te traicionó a ti?
- ¿Qué?
- A tu madre ya sé que sí, ¿pero a ti?
- No.
- Entonces no sé por qué sigues odiándole, ahora que ya murió.
- No solo es odio.
- ¡Ah! ¿Aún hay más?
- Sí.
- Qué.



—Amor.

—¿Amor?

—Sí.

—¿Odio y amor?

—Sí.

—Me parece difícil odiar a un muerto. Y más aún, amarle. Pero el colmo de la dificultad, creo, es amarle y odiarle al mismo tiempo y, sobre todo, habiendo desaparecido.

—Yo no lo veo así.

—Ah, pues entonces debe de ser distinto de lo que digo, porque si tú lo ves de otra forma con tus ojos..., con tus ojos no puedes sino ver la verdad...

—Sí, creo que es odio y amor al mismo tiempo. Y ambos creo que son verdaderos, porque no son voluntarios...

—¿No dependen de tu voluntad?

—Eso es, no dependen de mi voluntad.

—Entonces eres esclava.

—Esclava... ¿Y no eres esclavo tú también aquí, en las mazmorras librescas del Estado?

—En las mazmorras. En las mazmorras de los libros...

—Tú, el Gran Sacerdote mazmorresco y librero con devaneos..., con devaneos de libertad.

—Devaneo en las mazmorras... ¿Hay lugar propio para los devaneos? ¿Para qué son las mazmorras?

—Son..., un ataúd antes de tiempo.

—¿Ser prisionero es estar muerto?

—Más o menos.

—Pero hay muchas diferencias en la clase de muerte que uno tenga.

—¿Hay clases de muertes?

—Sí. Aunque se dijo que la muerte uniforma o unifica todas las clases. Aunque eso se dijera, hay clases en la muerte.

—Y la tuya es una clase superior, claro...

—Sí, creo que sí. Pero por una razón que tú no ignoras.

—No la ignoro, aunque me cueste creerla. De todas formas..., ¿tú sabes si yo estoy libre?

—Qué es eso.

—Una cosa que llaman libertad.

—No sé bien qué sea eso.

—Algo con lo que uno puede arrimarse a otro, por ejemplo.

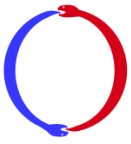
—¿Para eso es la libertad?

—Entre otras cosas.

—Siempre he pensado que precisamente el que no era libre, era el que inevitablemente se arrimaba a otro.

—Respóndeme a lo que te pregunto.

—¿No estás libre? O mejor: ¿no eres libre?



—Respóndeme a lo que te pregunto. Y lo que te pregunto es esto: ¿sabes tú si yo estoy libre, si yo estoy sola?

—No, no lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Lo que te pregunto es esto: ¿sabes tú si yo estoy libre para estar contigo?

—Para estar conmigo no necesitas libertad, sino esclavitud..., precisamente esclavitud..., precisamente esclavitud si tú quieres...

—Pero si yo quiero ser esclava, entonces no soy esclava.

—Precisamente.

—Precisamente qué.

—Precisamente quiero que no seas esclava si tú quieres ser esclava.

—¿Nos vamos por las ramas?

—También me gustan las ramas. Y el tronco y las hojas y las flores y los frutos y las frutas. Y las raíces.

—¿Y los pájaros que anidan? Eh..., ¿eh?... Responde..., ¿y los pájaros que anidan en las ramas del manzano? Eh..., responde..., ¿te comió ahora la lengua el gato?... Además..., *estar*..., no sé lo que significa estar..., ¿qué significa estar? Es una palabra tan rara...

—Estaba pensando..., estaba pensando en un texto de tu padre, cuando hablaba de un monasterio, no me acuerdo dónde... Era un monasterio en ruinas, del que apenas quedaban en pie el ábside de la iglesia, algunas partes de algunos de sus muros y una espadaña cubierta de nidos de cigüeñas. Unos árboles de varias centurias enmarcaban la escena, donde había también trozos de paredes conquistados por la hiedra. En la espadaña parecía que la luna se pusiera, y, sobre ella, un grajo o un cuervo o una corneja planeaba buscando alguna presa...

—¡Oh, qué hermoso romance, qué belleza!...

—¿Te atreves a completar la escena?

—Veamos... Tenemos ruinas, espadañas y cornejas..., tenemos muros de hiedra, tenemos cigüeñas... Solo faltan monjes en la iglesia...

—No faltan monjes, que tu padre los contempla ya a la hora de completas..., y sus armoniosas voces, mezcladas con las cornejas, ganan las nubes y triunfan de las riberas...

—Espera...

—Qué quieres que espere.

—El monasterio ¿era románico o gótico?

—¿Hay diferencia?

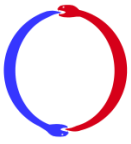
—Sigues con el romance... Pues sí, hay diferencia. No es lo mismo que sea lúgubre o que luminoso el monasterio sea.

—Para él, para tu padre, era más importante que la forma de unos arcos, el espíritu de los monjes, y sus rezos y sus retozos...

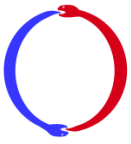
—El rezo y el retozo de los monjes.

—¿Quieres contemplarlos más a pierna suelta?

—No quiero monjes ni piedras, no quiero ni espadañas ni cigüeñas..., quiero que me expliques por qué crees tú que tu muerte es de una clase superior...



- ¿Quieres que te diga eso?
—Sí.
—¿Que te lo diga otra vez?
—Sí.
—Ya lo sabes tú.
—No sé si lo sé. Por eso quiero oírlo.
—¿Crees que oyéndolo vas a saberlo?
—Sí.
—Pero... ¿cuántas palabras necesita la verdad?
—Creo que tú sabes cuántas.
—Y tú sabes también que lo que se puede decir con silencio no es necesario decirlo con palabras.
—Ramas, ramas, ramas...
—Tú quieres que hablemos de mí y yo quiero que hablemos de tu padre. Y yo no quiero hablar mucho de mí, y tú no quieres hablar nada de tu padre. Tenemos aquí un...
—¿Tenemos aquí un teléfono?
—Un teléfono.
—Sí, hombre, un teléfono: pensarán que habré muerto, o que estoy secuestrada...
—¿No te gustaría estar secuestrada, o estar raptada?... ¿Qué diferencias establece el diccionario de leyes entre secuestro y rapto?
—Seguro que a ti te gusta más raptar que secuestrar.
—Realmente me gusta más ser raptado. Si yo raptase a alguien no sabría qué hacer con él. O ella.
—Y, claro está, sabes muy bien lo que harías si fueras raptado.
—Es ese caso, depende del raptor: si me rapta el mal, forcejeo; y si me rapta el bien, como tus ojos, me abandono a los dulces barrotos de su cárcel.
—Se te ve muy abandonadizo, la verdad...
—Y jamás desearía serrarlos y escapar.
—... y no hay cosa peor que un bibliotecario desaliñado...
—Porque fuera de mis barrotos raptos, solo polvo de libertad habría...
—¿Por qué solo polvo?...
—... si volara sin alas abandonando a mi carcelera en su jaula vacía...
—... o hay libertad o no la hay...
—... triste, sin saber qué hacer con los grillos...
—... y si la hay, es tan peligrosa...
—... que no podría, siendo yo el prisionero, dejarle a ella sus grillos en la mano, sin saber qué hacer con ellos, habiendo huido el prisionero...
—¿Y si no te raptara ni el mal ni el bien?
—Solo pueden raptar el bien o el mal.
—¿Y si raptan ambos al mismo tiempo?
—Parece difícil, por no decir otra palabra.
—Di otra palabra.



—Sería *imposible* o *sublime*.

—Eso son dos.

—Son dos si lo miras mal.

—Y tú lo miras bien y ves una sola: *sublimposible...*, o *imposublime...*, no, seguro que tú encuentras otra palabra mejor...

—La hay.

—Cuál.

—*Amor*.

—Acabáramos..., amor.

—Sí, amor.

—El amor es sublime, sí, ¿pero también es imposible?

—Digamos que sí. Y por la misma razón por la que es sublime.

—Por qué.

—Porque solo... Dios es amor. Y yo me siento muy poco..., muy poco dios..., nada dios.

—Acabáramos: Dios. O sea, que resulta que el amor, que es Dios, es lo sublime, y por la misma razón, porque es Dios, es imposible.

—Evidentemente: imposible para el que no es Dios.

—Por consiguiente, está mal decir *Amo a mi padre, o a mis hermanas*, por ejemplo.

—Pues sí, por ejemplo. El amor a tu padre o a tus hermanas es tan nada amor... Empezaría a ser casi una minúscula traza de amor si al menos se extendiese a todos los padres y hermanas y hermanos y madres, sean amigos o enemigos, o ni lo uno ni lo otro..., una invisible partícula de amor...

—¿Eso lo decía Horacio o Propercio?

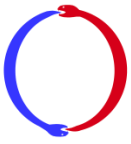
—Qué.

—¿O era Catulo, o Virgilio? Responde... ¿Tibulo..., Ovidio..., Prudencio?... ¿O lo dice Dios... y tú mismo?

—Dime si lo dirías tú también.

—¡Sí! ¡Sí, lo es, y qué! Qué más da que lo diga o que lo deje de decir. Qué. Qué significa amar a toda la humanidad. Qué. Quién lo ha hecho. Quién lo hace. Quién lo hará. Qué importa que lo digan todos si nadie lo hace. O si lo hace uno. Quién ha habido, hay o habrá que no se ame solo a sí. Cómo puede ser..., cómo puede ser que alguien que ama a otro, y que por lo tanto le ama con todas sus fuerzas, tenga aún fuerzas para amar nada menos que a todos los demás..., porque cuando se ama se ama con todas las fuerzas... Y qué significa amar a Dios. Tengo desde mi infancia aburridos mis oídos de tanto oír semejante tontería. Amar a Dios, amar a Dios con todas tus fuerzas y con todo tu corazón..., esta es la clave..., como tu famosa clave..., la clave, la clave..., con todo tu corazón, y despreciar todo lo demás porque todo lo demás es despreciable, y caduco..., poner..., depositar tu corazón en algo incorruptible y que nunca defraudará..., ¿es eso?, y eso, ¿qué es?

—¿Tú pones tu corazón en algo corruptible...?



—Yo no pongo mi corazón en ningún sitio: mi corazón se pone él mismo donde él quiere... ¿O es que tú tienes libertad de poner tu corazón donde tú quieres?

—Y cuando tu corazón se marcha de tu pecho, ¿qué haces tú? ¿Vas tras él y lo traes de nuevo arrastrándolo a tu seno? ¿O lo dejas abandonado donde se instale él?

—Mi corazón se ha ido, se va y se irá..., y cuando se ha cansado, se cansa o se cansare, volverá por sus pies a su primera morada...

—Como las mariposas en las flores...

—Exactamente igual.

—O las abejas...

—O como los lagartos salen al sol.

—O los salmones...

—Pero... qué es eso de amar a Dios.

—No lo sé.

—No, de verdad..., quiero que des tu explicación, o tu hipótesis. ¿Qué es amar a Dios? ¿Es vivir entre rejas salmodiando día y noche? ¿Es tener la tierra por lecho y el cielo por techo y alabar mañana y tarde sus grandezas? ¿Es eso amar a Dios? ¿Es amarle dar de comer y enseñar y curar a cualquier necesitado de cura, enseñanza o comida? ¿Amar a Dios es eso?

—Tú qué crees.

—Por otra parte, ese Dios que tú dices, tú dices que es todo amor, por lo que ¿para qué necesita una migaja de amor miserable mía? Si Dios, por definición, no necesita nada, porque lo es todo, ¿habría de necesitar algo mío?

—Dime tú entonces qué es Dios.

—La única idea clara que tengo de Dios es que es imposible que no exista e imposible que exista.

—Sí, es verdaderamente clara la idea: deslumbra.

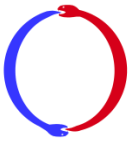
—Pero te recuerdo que no he venido aquí para encontrar a Dios, sino unos papeles.

—Pues, por mi parte, yo quería darte unos papeles, pero he encontrado un dios.

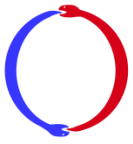
—Tienes suerte.

—Sí, mucha —dije—, y estreché aún más entre mis brazos a A.

Los libros todos en sus estanterías oscuras suspiraron aliviados, cambiaron de postura en su lecho y se dispusieron de nuevo a dormirar. Unos pájaros fuera, quizás buscando también lecho donde cobijarse, piaban con calor en sus disputas, hasta que finalmente la paz cerró sus ojos y sus picos. La luna, pálida antes, ahora ofrecía resistencia a la oscuridad en su bandeja de plata brillante. Al mismo tiempo que despertaban los búhos, “Mucha... Mucha... Mucha...”, musité entre sus labios. Y mis labios y mis manos inhalaban con fruición los vapores de mi suerte. Los oídos de A., como las



primeras estrellas, oyeron de mí cuanto ellos y ella querían oír. Las segundas y las terceras estrellas compartieron después con mis oídos las palabras que solo a mí pronunciara ella: siervo, sierva, muerte, muerta, ciervo, cierva..., fuente, sed, embriaguez..., quizás también amor. En mi noche oscura brillaba la más bella estrella de la creación: dios.



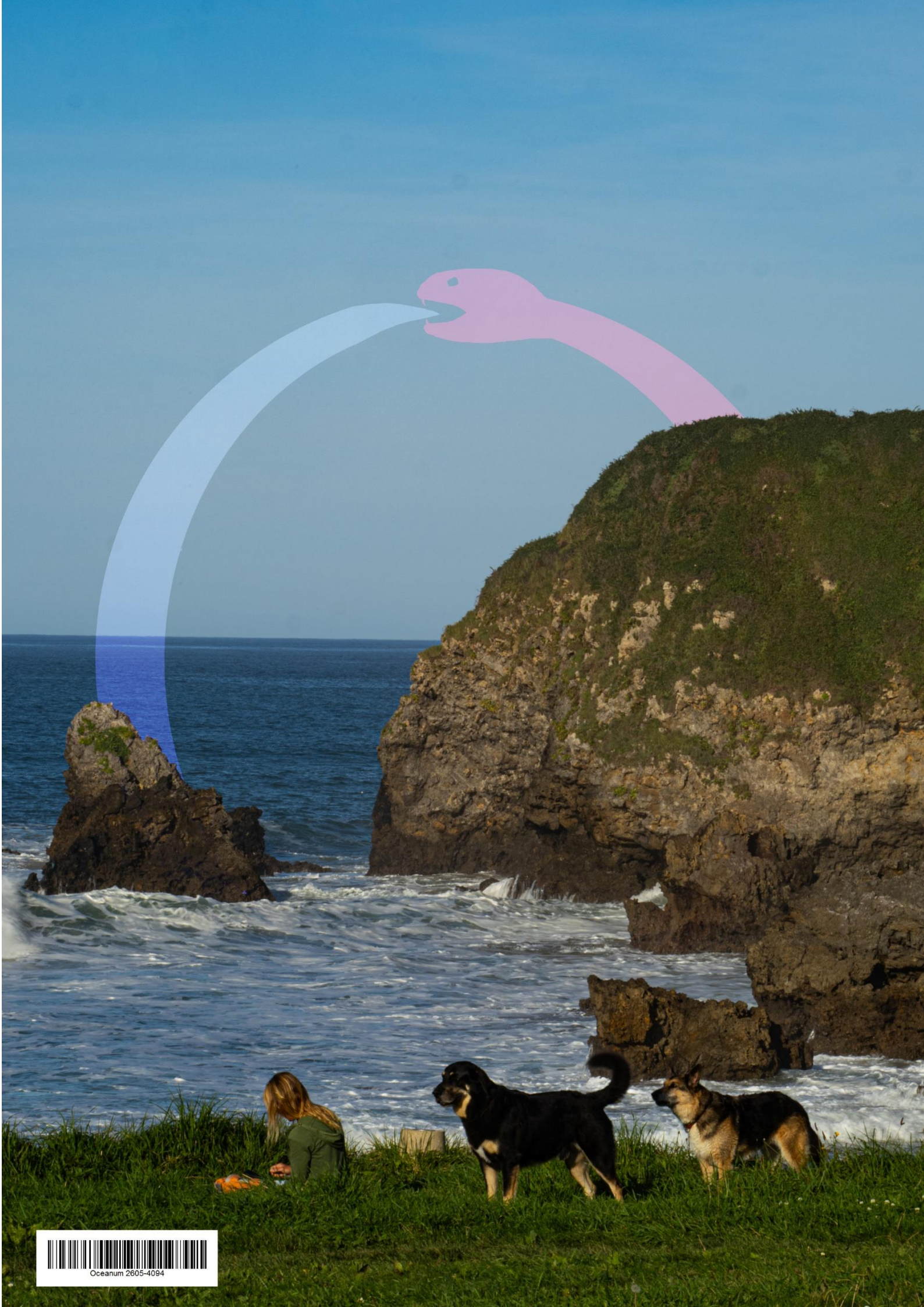
Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada, *Patri en la playa Espasa*, de Ástor

6-9	Edhasa	42	Martino Pietropoli
17	Karl von Piloty	43	Liane
20	Benoit lott	45	Polina Kuzovkova
25	Ekaterina Kirillova	50	Das blaue Sofa
26	David Trinks	51	Vasilina Sirotina
27	Phil Hearing	89	Siddhant Prasad
31	Artem Balashevsky	90	Pablo Lancaster Jones
34	Ανώνυμος Βικιπαιδιστής	94	Anshu A
36	Maryna Yazbeck	100	Toa Heftiba
37	Jesus Eca	109	Loren Cutler
40	Diego Delso		

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094